

SOBREMONTE,
EL PADRE DE LA PATRIA

de Ignacio Apolo

Basada en la novela de Miguel Wiñazki

Estrenada en el Teatro San Martín,
de Buenos Aires. Sala Martín Coronado.
Temporada 2001.
Dirección: Sergio Rosemblat

Esta obra está basada en la novela:

“Sobremonte, una historia de codicia argentina”

de Miguel Wiñazki (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2001)

PERSONAJES:

SOBREMONTE

EL BÚHO

LINIERS

BERESFORD

MARIANO MORENO

JUAN MARÍN

PERICHONA

JUNE

y

CORO

(número sugerido de integrantes: 10 varones y 10 mujeres)

A cargo de las escenas colectivas y, en forma individual, de todos los demás personajes de la obra: MILITARES BRITÁNICOS, ESPAÑOLES y CRIOLLOS, CURAS, PROSTITUTAS, FUNCIONARIOS, MIEMBROS DEL CABILDO y LA REAL AUDIENCIA, GAUCHOS, TROPAS INDIAS, etc.

ACTO I
LA INVASIÓN

Escena I

Buenos Aires, Teatro de la Comedia, invierno de 1806.

Aristocracia virreinal reunida. Suena paso marcial.

Presentado por un edecán, entra el Marqués de Sobremonte, protocolar, culón y lampiño, peluca blanca a la francesa y condecoraciones. Con él, la Virreina, doña Juana María de Larrazábal, engalanada y ausente.

Todos de pie

EDECÁN: El Brigadier de Infantería de los Reales Ejércitos, Virrey Gobernador y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata y sus Dependientes, Subinspector General de las Tropas de todo su Distrito, Presidente de la Real Audiencia Pretorial de Buenos Aires, Superintendente General Subdelegado de Real Hacienda, Rentas de Tabaco y Naipes, del Ramo de Azogues y Minas y Real Renta de Correos en este Virreinato, Don Rafael de Sobre Monte, Nuñez, Castillo, Angullo, Bullón, Ramírez de Orellana, Marqués de Sobre Monte.

Sobremonte saluda y va al palco; permanece de pie junto a su esposa, su hija y Juan Marín.

SOBREMONTTE: Yo, don Rafael de Sobremonte, Virrey del Río de la Plata por gracia de Dios, ante vosotros, nobles súbditos de su Majestad, desde este palco que me recuerda la elevada torre de mi Sevilla natal, en este día de especial significado, aniversario de mi bautismo de fuego durante la santa expedición a Algeciras, cuando crucé el estrecho para enfrentar al Turco en su propia tierra, y que coincide además con el cumpleaños del Ayudante Mayor de Dragones, don Juan Manuel Marín, aquí presente y a mi lado, deseo hacer el anuncio que más me llena de gozo: su compromiso con mi hija, doña Mariquita de Sobremonte y Larrazábal. Señores, declaro ahora a Don Juan Marín, por tanto, mi hijo, mi muy querido hijo.

Aplausos.

SOBREMONTÉ: *(levanta un pañuelo blanco)* Que comience la función.

Todos sentados. Música.

Un edecán irrumpe y se acerca a Sobremonte con una misiva. Silencio.

Sobremonte la lee rápidamente, la estruja y se retira. Marín lo sigue.

Consternación de los presentes.

Escena II

Río de la Plata, bahía de la Ensenada del Barragán. A lo lejos retumban tambores de negros.

Dos espacios: izquierda (al ras) y derecha (elevado)

Izquierda, en la costa.

Santiago de Liniers sostiene a un hombre atado y encapuchado. Observa la lejanía de las aguas.

Pone al cautivo de rodillas, lo acuchilla en la garganta y lo arroja al río.

Derecha, cubierta de la nave mayor.

El brigadier William Carr Beresford mira la costa con su único ojo a través de un catalejo.

Dos soldados ingleses le traen el cadáver mojado y encapuchado de un civil, con el pecho cubierto de sangre.

BERESFORD: *(sin bajar su catalejo)* ¿De dónde viene este río, que es un mar? ¿Adónde va este río ancho como la muerte? ¿Y adónde vamos nosotros, británicos, por él? *(baja el catalejo y contempla el cadáver)* Un cadáver ensangrentado en el agua... Alguien lo arrojó al río poco después de matarlo. *(Le quita la capucha y lo toma de los cabellos rubios)* ¡Un inglés! ¿Entonces así comienza todo? *(Suelta el cuerpo y se seca las manos con un pañuelo blanco)* ¡Atención! *(Los soldados se cuadran)* ¡Artilería! ¡Fuego! *(Cañonazos)*

Izquierda.

Liniers con el puñal atravesado entre los dientes.

LINIERS: *(se quita el puñal y lo lame; señala con él la lejanía)* ¡Disparen! Disparen a ciegas, no podrán verme. ¿Quieren que me acerque? Vean. Entro en el lodo de la costa, ¿pueden verme? ¡Miren cómo me hundo hasta las rodillas, y cómo se ensucian de barro mis cojones!

Derecha.

El teniente Dennis Pack saluda a Beresford.

PACK: Señor, el Regimiento 71 llegó a la cumbre de las barrancas; dos leguas al sur de la ciudad. El enemigo no quiso esperarnos y se retiró mientras nuestras tropas abrían fuego. *(Pausa)* Huyeron en total desorden. Y nos dejaron sus cuatro piezas de campaña.

BERESFORD: Excelente, Dennis.

PACK: Señor, una bala... alcanzó al cirujano Haliday; en la frente, señor.

Beresford baja la cabeza.

PACK: Lo siento.

BERESFORD: ¡Retírese!

Izquierda.

LINIERS: ¡Ingleses! *(Se arrodilla)* Yo, Santiago de Liniers y Bremond, soldado francés al servicio de su majestad de España, *(eleva su faca bajo la luna)* juro aquí ante Dios, y por Francia y por España, que desde este día y hasta que ustedes, herejes mal paridos, no huyan todos, cuereados y vencidos, habré de pelear.

Clava el puñal en el lodo. Tambores de negros y de guerra.

Escena III

Buenos Aires, prostíbulo. Un estrado.

Xavier Martínez, el Búbo, sentado junto a June, prostituta.

La madama Clara, de pie, lo presenta a la concurrencia.

CLARA: Atención (*golpea con el taco*). Damas y gentileshombres aquí presentes, con ustedes, don Xavier Martínez, *soi dit* El Búho, filósofo, caballero... asiduo concurrente, nuestro mejor...

BÚHO: Gracias, Mrs. Clara. (*la hace a un lado*) Señoras, señores... Yo soy el Búho y les traigo la verdad. Hela aquí. (*besa a June. Aplausos*) El poder, señores, tiene el color de la sangre y el aroma de la ambición, el ritmo de la traición y la fatalidad de la muerte. No hay otra cosa que esa cosa. Detrás de cada trono danzan las sombras de los crímenes perpetrados por monarcas, cortesanos, virreyes y mercenarios, pagados con el dinero que defecan las sentaderas del poder. Los palacios hunden sus pilares en los cementerios, que son el fundamento de su existencia. ¿De qué otro modo podría ser? ¿Cuántos muertos sembró en la tierra toda nuestro padre Felipe II para levantar los pilares de El Escorial? La verdad es trágica, y por eso poética, y por eso artificiosa. El poder es la tragedia, tejida con mortajas.

Aplausos. June lo mira enamorada.

Amigos de este santo puterío, hoy será el día. Y vosotros lo sabéis y por eso nuestra casa desborda. La hora se acerca. Los ingleses están en nuestro río. El brigadier Beresford se relame en la proa de su cañonera, esperando el amanecer. Los ingleses... Sabed todos ahora que yo amo a June, mi puta inglesa. Y también amo a Clara, madama inglesa, madre de todos. Pero en vísperas de la invasión, los invasores son hombres, no putas, y por eso no son buenos, y además, os profetizo: nuestro virrey prepara su huida. Estuvo hasta hace unas horas en la Comedia celebrando sus pacaterías de pedos brillantes. Pero huyó de allí al instante, al enterarse de las malas nuevas. ¿Dónde estarán mañana el culón y sus besaculos? (*pausa*) ¡Bebed ahora y preparad vuestras armas! Porque en soledad habremos de batirnos.

Desde afuera suena un cañón y de inmediato una Generala.

Nos convocan a la Plaza. ¡Ya amanece! ¡Salud!

Todos corren.

Escena IV

Costa de Cádiz, 1827.

Playa. Sobremonte anciano, sentado en un sillón. Viste uniforme blanco con banda

gualda y roja, y peluca blanca.

Junto a él, Cabeza de Vaca, hombre de mediana edad con una máscara que le cubre el rostro.

SOBREMONTTE: Este mar que baña las costas de Cádiz parece infinito, señor marino, ¿lo ve? Pero más allá existen otras costas. Y en ellas supe yo ser el Virrey. Ya tengo 80 años, pero no crea que lo he olvidado todo.

CABEZA DE VACA: Lo sé, señor, lo sé.

SOBREMONTTE: Recuerde usted, señor ma... *(lo mira extrañado, algo ido)* Marín... ¿Juan? ¡Marín...!

CABEZA DE VACA: Marino, señor. Juan García Cabeza de Vaca, un marino...

SOBREMONTTE: Cabeza de Vaca... Señor marino, recuerde usted que siempre debe dirigirse a mí como “señor Virrey” o “su Excelencia”, según el protocolo.

CABEZA DE VACA: Desde luego, señor Virrey.

SOBREMONTTE: Bien. Al otro lado de estas costas yo era el Virrey. Gobernaba allí, sí, aquel vasto reino que tanto recorrí, con miles y miles de súbditos... dispuestos a dar su vida por... por la mía. Porque yo era el Virrey, no sólo un militar al mando, no un simple funcionario; yo era el Señor en... nombre de su Majestad. Pero con mi propio nombre basta. ¿Sabe usted quién soy? Soy el que fui, el Marqués de Sobremonte, el Señor de aquellas pampas.

CABEZA DE VACA: ¿Y qué son las “pampas”, su Excelencia?

SOBREMONTTE: Oh, las pampas son... *(cierra sus ojos)* la nada, hijo mío.

CABEZA DE VACA: ¿Gobernaba usted sobre la nada, su Excelencia?

SOBREMONTTE: ¿Gobernaba yo sobre...? ¡No, señor, Cabeza de..., señor! *(se excita, resopla; se calma)* Hijo mío, que así quiero llamarlo. Usted no puede formularme una pregunta verdadera sobre el gobierno. Usted no comprendería mi respuesta.

CABEZA DE VACA: Desde luego que no, su Excelencia.

Escena V

Buenos Aires, 1806. Despacho del Virrey.

Sobremonte revisa el contenido de un mueble monetario: el oro está en su lugar.

Juan Marín entra con el Estado Mayor. Sobremonte protege el mueble con su cuerpo y lo cierra con llave.

El Estado Mayor se cuadra. Reverencia.

SOBREMONTTE: Señores, aunque la ocasión es grave, tan grave como nunca lo ha sido en todo mi mandato, dejemos de lado las solemnidades del acto y permitidme daros de inmediato mis órdenes.

Pausa.

MARÍN: *(reaccionando)* Se lo rogamos, su Excelencia.

SOBREMONTTE: Bien. Bien. Helas aquí... *(palpa un bolsillo, saca un papel, lee)* Considerando el emplazamiento del enemigo y su inminente avance... *(Marín carraspea, Sobremonte lo advierte)* Ordeno que se lancen señales de alarma con los faroles de la fortaleza hacia las cañoneras enemigas, y asimismo se acuartelen las tropas, en tanto el alférez Manuel Sánchez, con un piquete de 12 hombres, se traslade al caserío de Quilmes para detener cualquier avance desde el sur.

El Estado Mayor permanece rígido, perplejo.

Es todo, señores.

Se cuadran y se retiran. Marín queda a solas con el Virrey.

SOBREMONTTE: ¿Lo hice bien?

MARÍN: Muy bien, querido Rafael, muy bien. Ahora esperemos que ese francés inmoral traiga buenas noticias de la Ensenada. Y que el coronel Arce al menos discipline a su tropa de paisanos.

SOBREMONTTE: Sí, sí. Eso espero también yo. Eso pido, eso ruego a Dios. Y tantas otras cosas... Que la marquesa empaque con premura, que tu plan no sufra imprevistos y que no se convierta en una pesadilla. Juan, querido, si todo sale bien, la marquesa y nuestros hijos, y yo, sobre todo yo, te lo agradeceremos de por vida. Y también el Rey de España, si salvamos su tesoro junto con el nuestro. *(Se sirve una copa, nervioso).*

MARÍN: Debes salir al balcón.

SOBREMONTTE: Sí, sí. *(Bebe su copa de un trago)* Al balcón.

Escena VI

Plaza Mayor. Se repite el toque de Generala de la escena II.

Gente del prostíbulo mezclada con el pueblo. Sobremonte sale al balcón.

SOBREMONTE: Pueblo de Buenos Aires, mucha gloria es para Su Majestad y para mí... en esta hora crítica, veros dispuestos a tomar las armas en defensa del Rey y sus posesiones. Vuestro valor es hoy nuestro orgullo. Y vuestro valor será del enemigo inglés su escarmiento. Mi corazón rebosa de júbilo al veros en armas, y late en sonos marciales para guiaros a la batalla. Con mi bendición vais a la lucha y allí podréis... podremos batirnos con gloria y honor. ¡Que viva el pueblo de Buenos Aires, por Su Majestad el Rey de España!

Sobremonte sale, la gente se dispersa.

En la dispersión, el Búho encuentra a Mariano Moreno, que porta un viejo mosquete.

BÚHO: ¡Por todas las putas de París, don Mariano Moreno, cuándo no, con su trasero en la orgía!

MORENO: ¿Y qué decir de vos, señor? ¿El Búho a la luz del sol, en plena mañana? Ahora veo por qué llamas "orgía" a esta convocatoria ...

BÚHO: Joder, Mariano, ¿qué es esa porquería que tienes en la mano?

MORENO: Lo único que se encuentra en los galpones del fuerte. Tan viejo está que se me pega el óxido en los dedos.

BÚHO: ¿Y qué más da, si de todos modos moriremos? Vamos. ¡Un caballo, mi reino por un caballo!

MORENO: Ja, ja. No te apresures, Rey de Copas. No hay caballos a disposición para ti. Pero compartiré contigo el honor de enfrentarlos a pie.

BÚHO: Me ofendes si crees que no puedo montar.

MORENO: Anota la ofensa en mi cuenta. Hay tiempo hasta que lleguen. *(intentando destrabar el mosquete)* Menuda historia ecuestre. ¿Recuerdas los treinta mil pesos fuertes que recibió Juan Marín, el futuro yerno de Sobremonte, para comprar caballada? *(golpea el mosquete y se resigna)* No preguntes ahora a qué los destinó en realidad.

BÚHO: Ya veo, Mariano; el robo nos convirtió a todos en infantes. *(Sale)*

MORENO: *(Saliendo con el Búho)* ¡Un caballo, mi reino por un caballo! *(Se desternilla de risa)*

Escena VII

Despacho del Virrey. SobremonTE y Marín.

MARÍN: Bien, Rafael. ¿Has terminado?

SOBREMONTTE: Lo he redactado realmente breve, como al pie de mi corcel en el calor de la batalla (*lee*): “Informo al Príncipe de Paz que he tenido que abandonar Buenos Aires debido a la resistencia a tomar el fusil por parte de sus habitantes...”.

MARÍN: ¡Excelente! En el próximo entraremos en detalles.

Salen de prisa.

Bajando escaleras se topan con Lucas Muñoz y Cubero y otros magistrados de la Real Audiencia, acompañados por el coronel José Pérez Brito.

MUÑOZ: Señor Virrey, la Real Audiencia desea obtener...

SOBREMONTTE: No hay tiempo para eso, Muñoz. He delegado en Pérez Brito el mando militar de esta plaza y en usted, señor Regente y vuestas señorías, el mando político de la ciudad mientras dure mi campaña.

MUÑOZ: ¿Y adónde piensa irse tan de prisa, señor Marqués?

PÉREZ BRITO: Se fuga. El Virrey nos abandona y huye a la campaña.

SOBREMONTTE: No diga estupideces, Brito. Me traslado con la caballería a las barracas, y usted lo sabe bien. Pero ya les advertí que si esto continúa mal me retiraré con la tropa hacia las provincias interiores (*reinicia su retirada*).

MUÑOZ: (*poniéndole un brazo en el pecho*) ¿Qué está tramando ahora, con la ciudad en peligro y nuestros hombres batiéndose en las afueras?

MARÍN: ¡Quite su mano y respete la investidura!

SOBREMONTTE: Iré al Puente Gálvez, he dicho, y luego, si es necesario, salvaré nuestro honor y soberanía desde las provincias interiores. ¡No derramaré mi sangre aquí sólo por vuestra excitación y la de la turba!

MUÑOZ: No es su sangre la que importa ahora, señor Marqués, sino la de todos.

SOBREMONTTE: (*lo aferra con firmeza*) Muñoz: usted no es más que un Matusalén cabrón y caprichoso, y no entiende nada. (*lo suelta*) Si el enemigo atraviesa el Riachuelo todo se habrá perdido y no se quedará el Virrey a contar cerezas mientras toman el fuerte y sus pertenencias. ¡Retiraos!

SobremonTE empuja al viejo y corre con Marín escaleras abajo.

Escena VIII

Barracas frente al Puente Gálvez, ribera norte del Riachuelo.

El subinspector Pedro Arze, al mando de las tropas en retirada, en consejo con Sobremonte y Marín.

ARZE: El enemigo nos pisa los talones y está muy bien pertrechado. Vuestros hombres no serán suficientes; aún así, que se formen con la tropa...

SOBREMONTE: ¡Pero es mi escolta!

ARZE: Por eso mismo...

MARÍN: Permítame aclararle, Arze, que usted no puede disponer de la escolta personal del Virrey, y menos para sumarla a hombres en retirada, y dejarlo sin protección...

ARZE: *(Pausa)* Ya veo. *(Pausa)* Al menos llévense con ustedes a los heridos.

MARÍN: Hecho.

ARZE: Y algo más. Desconozco las otras medidas defensivas que su Excelencia ha dispuesto, así que me perdonarán que sugiera... quemar el puente Gálvez a nuestras espaldas.

SOBREMONTE: Por supuesto. Llamad a mi vocero. Marín, vámonos de aquí.

Salen Sobremonte y Marín.

Sobre el Riachuelo distante brotan las llamas. A su luz, el edecán pregona.

EDECÁN: Don Rafael de Sobre Monte, Nuñez, Castillo, Angullo, Bullón, Ramírez de Orellana, Marqués de Sobre Monte, Brigadier de Infantería, Virrey Gobernador y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata, Subinspector General de las Tropas, Presidente de la Real Audiencia Pretorial de Buenos Aires, Superintendente General Subdelegado de Real Hacienda, Rentas de Tabaco y Naipes, del Ramo de Azogues y Minas y Real Renta de Correos en este Virreinato, ordena:

¡Quemar el puente Gálvez!

Arze, con un lugarteniente, observa con su catalejo y ríe.

ARZE: Qué bellos fuegos de bienvenida les hemos dado a los ingleses. ¡Están cruzando el mierdoso riachuelo a pie!

Escena IX

Prostíbulo. Voluntarios derrotados, prostitutas y soldadesca retirada de la batalla, borrachos, cantan liderados por el Búho.

CORO: *Al primer disparo de
los valientes
se escapó Sobremonte
con sus parientes*

MORENO: *(completamente beodo, con una botella de brandy vacía en la mano)* ¡No puedo entender! ¡Todos jodidos por 1500 inglesitos! ¡Con 1500 faldas escocesas! Pero que vengan a mí y los pasaré a cuchillo uno por uno. Los voy a cuerear, dadme una faca...

BÚHO: ¡Eh, tú, plebeyo! Demasiado doctorcito para ese tipo de matanza, demasiado estirado...

MORENO: ¡Cállate! *(comienza a perseguir a los demás)* Mira cómo los capó, cómo les arranco los cojones con mi botella; los degüello, yo solo y como a chanchos, como a 1500 lechones británicos...

Se desmaya en su furia etílica y cae al piso, en medio de la batahola y las risas.

Se oyen tambores marciales. Todos se detienen.

BÚHO: ¡Deteneos, la invasión se ha consumado! El inglés desfila en nuestra ciudad. ¡A los balcones! Y llevaos con honores a nuestro héroe.

Alzan y retiran a Moreno. Los demás se van a los balcones.

Los tambores atronan.

Escena X

Balcones aristocráticos. Suena paso marcial.

Ana María Perichon Vandeuil ("la Perichona") y Guadalupe Escalada observan el desfile invasor. Abanicos.

A lo lejos se iza la Union Jack, bandera británica.

LUPE: Coincidirás conmigo, Perichona, en que estos hombres son muy bellos, no como los que vemos a diario, cabezas redondas y ahuecadas, y tan desprolijos...

PERICHONA: Coincido, coincido... Y ardo en deseos de conocer a alguno. Mira esas faldas que visten. Me impresionan... Pero qué ojos tienen...

LUPE: Yo también quiero conocerlos, y hasta me enamoraría de alguno sin pensarlo, Dios me perdone y mi buen Miguel también, pero no puedo hacerlo... (*susurra*) Creo que estos son judíos.

PERICHONA: No son judíos, Lupe, son protestantes. Da igual. El asunto de la fe poco importa en estas cosas, como en casi todas las cosas.

LUPE: Calla, Perichona, no blasfemes.

PERICHONA: (*ríe*) Es el hechizo de los ojos azules, Lupe. No puedo evitarlo. Amaría a cualquiera con esos ojos; me hacen saltar el corazón.

LUPE: Pero si ya tienes más de lo que puedes abarcar, Perichona, un marido y, además, un Capitán de ojos azules en la palma de tu mano.

PERICHONA: Oh, Santiago... Un francés siempre está en tu mano, Lupe. Liniers es sólo un juego. Placentero, por supuesto, pero... ¿Qué otra cosa podríamos hacer aquí? Dos franceses, extranjeros en esta tierra extraña... vulgar, mohosa...

Se detienen los tambores. Las damas se ponen de pie.

LUPE: ¿Quién es ése?

PERICHONA: Beresford, sin duda. El general inglés.

LUPE: Pero te ha mirado, te ha echado una mirada, Perichona. ¡Cúbrete con el abanico!

PERICHONA: (*a cara descubierta*) El general inglés...

Las huestes británicas reciben a Beresford, peluca blanca a la inglesa y condecoraciones.

Dennis Pack lo espera. Redoble y saludos.

PACK: En nombre de su Majestad...

BERESFORD: Déjate de estupideces, Dennis. ¿Dónde está el dinero?

Pack calla. Todos atónitos.

BERESFORD: ¡¿Dónde está el dinero?!

*Beresford bufa, aparta a Dennis Pack y entra en el Fuerte, abandonando la ceremonia.
Murmullos consternados de los presentes. Apagón.*

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO II
LA HUIDA

Escena I

Buenos Aires, casona de un importador de sotanas. Invierno de 1806.

*El obispo Benito de Lue y Riega, fray Francisco Tomás Chambo y otros curas, en
derredor de un brasero.*

Fray Tomás masajea sus pies al calor de las brasas.

OBISPO: Hijos, debemos tomar, con la ayuda de Dios, decisiones urgentes. Nuestra ciudad de *Santa María* de los Buenos Aires está invadida por protestantes, y sin considerar otros males, su sola presencia es una ofensa a la Virgen Santísima. Pero estos infieles siempre tuvieron el alma habitada por el demonio y, después de los judíos, constituyen la raza más codiciosa de la tierra. Desviados, alejados de Roma, y ahora aquí, izando sus banderas y pregonando sus beneficios comerciales.

FRAY TOMÁS: Con todo respeto, señor Obispo, pero nos toma usted para el pedorreo. *(los curas se quedan tiesos; el obispo sonrío)* Ya sabemos que estos ingleses son infieles y endiablados. Pero también es cierto, su Excelencia, que estos infieles han vencido, que ocupan hoy el Fuerte, y que nuestro muy católico Virrey Sobremonte ha huido; y aquí estamos nosotros, los sacerdotes de la Fe de Roma, sin armas y a su merced.

OBISPO: ¿Alguna sugerencia... directa y práctica, Fray Tomás?

FRAY TOMÁS: ¡Por favor! La cosa es evidente. ¿O acaso olvidamos que la religión nos prohíbe *a nosotros*, humildes pastores, maquinare contra las potencias seculares...? Ante todo debemos dejar en claro esta cuestión ante el Comandante Beresford, que por lo demás es todo un caballero...

*Los curas callan piadosos. Fray Tomás se levanta, fastidiado, busca un documento, y
regresa a sentarse y refregarse sus pies.*

FRAY TOMÁS: Curas, curas teníamos que ser... Si me permiten, he estado tomando nota de mis plegarias. Veamos si la Gracia ha querido iluminarme. *(lee)* “Excelentísimo Señor: Venimos en nombre de los cuerpos que representamos y en cumplimiento de las capitulaciones celebradas a dar a Vuestra Excelencia la debida obediencia y las gracias afectuosas por la humanidad con que nos han tratado; y aunque la pérdida del gobierno en

que se ha formado un pueblo suele ser una de sus mayores desgracias, también ha sido muchas veces el principio de su gloria”. ¿Qué les parece hasta aquí?

Gestos de aprobación. Fray Tomás continúa, de pie.

“Confiamos en que la suavidad del gobierno inglés nos consolará del que hemos perdido, pues aún cuando nosotros y Vuestra Excelencia profesamos distinta religión, convenimos en que hay un Dios que premia a los buenos y castiga a los pérfidos.”

OBISPO: Justísimas palabras, Fray Tomás. Y ahora, ¿qué les parece un té?

Fray Tomás se separa del grupo, que sigue charlando y bebiendo té.

FRAY TOMÁS: “La fidelidad a este principio divino, ornamento principal de la Nación Inglesa, nos inspira confianza en que Vuestra Excelencia observará cuanto nos ha concedido generosamente.”

Ingresa un mensajero; Fray Tomás le entrega el documento y lo termina de memoria, al frente.

FRAY TOMÁS: “Y podéis confiar en que no faltaremos en nada a lo prometido, y que nuestra conducta y persuasión servirán de ejemplo y de estímulo a todos los demás.” *(siempre al frente)* Y así concluimos, señores, ¿están ustedes de acuerdo?

Se oyen voces de aprobación de los curas, que continúan su tertulia.

Escena II

Imprenta clandestina en la iglesia de los Bethlemitas.

El Búho y Fray Nicolás, que apila panfletos antibritánicos.

BÚHO: *(revisando una lista)* ¡Oiga! Primero: las hetairas, putas con aires de alcurnia para seducir oficiales. Luego: las ninfas, muy cachondas, para alzar a la soldadesca.

FRAY NICOLÁS: ¡¿Pero será posible que esos curas hayan escrito esa vergüenza?! “Su Excelencia” de aquí, “su Excelencia” de allá, joder!

BÚHO: Oiga esto, padre. Las zorras o putas malas, mis preferidas, ¿sabe? Son las que atrapan con mentiras a los ingenuos y les hacen creer que la jodienda es el amor.

FRAY NICOLÁS: (*asiente con la cabeza*) El obispo y sus lameculos no son más que unos maricones; al obispo no le queda ni un pelo en el trasero.

BÚHO: Su lenguaje me inspira, padre. Escuche, además: las pelandruscas, morochas de rancho, muy desbordantes, realmente. Y para el final... (*pausa dramática*) ¡las perendengas!

FRAY NICOLÁS: ¡Pero si ya en el mil quinientos los habíamos jodido! ¡Lea aquí, que le dimos por el culo al corsario Candich, bucaneros un coño!

BÚHO: (*gozando indeciblemente las palabras del cura*) Oh, sí. Hablando del tema, le decía: las perendengas. Para oficialitos de bajo rango. Las he visto actuar: cercanas profesionalmente a las zorras pero especialistas en escándalos, ¿me entiende?

FRAY NICOLÁS: (*llamando a otros curas*) ¡Hermanos! Aquí están; llévense todo y que circule pronto. ¡Hala, hala! Largo de aquí; ¡a correr que se acaba el mudo, hostia!

Los curas se llevan los panfletos.

BÚHO: Y bien, fray Nicolás. Ahora que tengo su atención...

FRAY NICOLÁS: Jodidos curas, hideputas y...

BÚHO: Padre.

FRAY NICOLÁS: Hijo.

BÚHO: Este es el plan: (*muestra su papel*) mi lista de putas para seducir ingleses. Con estas putas venceremos a los falderos. Porque la cuestión de fondo, fíjese usted, es poner al invasor civilizado cara a cara con la barbarie. Con la seducción de la barbarie. Así que arreados por mis mujeres tendrán sólo dos caminos: o bien huir, como nos enseña con maestría nuestro amigo Sobremonte, o quedarse exiliados aquí, exiliados, sí, exiliados de la razón y atrapados por el barro, todos mezclados y perdidos y jodidos para siempre como todos nosotros.

FRAY NICOLÁS: Siempre he dicho que no eres más que un pendenciero de burdel; basta ya con tus putas. No entiendo nada de lo que dices. ¿A qué coño has venido a mi iglesia, que nunca pisas? Si un cura necesita putas, las busca por su cuenta. Y los ingleses también. ¿Qué quieres de mí?

BÚHO: Padre... Usted no puede ocultarme su afecto. ¡Venga un abrazo!

FRAY NICOLÁS: ¡Hala, marica, vade retro! Está bien. Me gusta tu plan. ¿Pero para qué me necesitas a mí?

BÚHO: Sólo le pido una cosa, es decir, *ellas* lo piden... Su bendición, padre.

FRAY NICOLÁS: ¡Coño!

BÚHO: Padre, padre. Se pondrán en peligro y necesitan la protección de Dios. Hasta yo mismo, agnóstico, las comprendo. El mundo se torna tan poco razonable que sospecho que a Dios se le ocurrió existir. En fin. No es fácil para ellas. Se acostarán con los invasores en pie de guerra. No sólo por dinero, sino para derrotarlos.

FRAY NICOLÁS: *(Pausa)* Serán bendecidas, hijo.

BÚHO: Qué maravillosa perversión...

FRAY NICOLÁS: Calla. Las anima una causa superior... supongo. Que vengan en procesión silente por la madrugada, a las dos, ¡y "silente" he dicho! Por la puerta de atrás. Haré un breve oficio para ellas, y que alabado sea Jesucristo.

BÚHO: ¡Amén, padre!

Escena III

Capilla. Vestidas con mantos negros y tules en las caras, entran las prostitutas en procesión.

Fray Nicolás las recibe con el Evangelio y el agua bendita. Junto a él, el Búho.

BÚHO: Dadme cincuenta putas y venceré a Roma.

FRAY NICOLÁS: Dice el Apóstol San Pablo a los cristianos de Corinto: "Aunque caminamos en la carne, no militamos según la carne, porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas por Dios para derribar fortalezas; destruyen sofismas y toda altanería que se levante contra el Señor, y doblegan todo pensamiento a la obediencia de Cristo". Es Palabra de Dios.

PUTAS: *(con lágrimas, al unísono)* Te alabamos, Señor.

FRAY NICOLÁS: *(Se da vuelta hacia el altar y susurra)* Señor, ten piedad de nosotros. *(Las salpica con el agua bendita)* Yo las bendigo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

PUTAS: Amén.

FRAY NICOLÁS: Podéis ir en paz... ¡y en secreto! Que María Magdalena os acompañe. Y... cuidaos mucho, hijas mías.

Las putas se retiran en lágrimas.

BÚHO: *(extasiado)* ¡Haber vivido para ver esto!

FRAY NICOLÁS: ¡Vete al diablo! *(se persigna de inmediato)*

Escena IV

Quinta en las cercanías de Luján. Noche.

Sobremonte y Marín

SOBREMONTE: Maldita lentitud. ¿A qué hora podremos retomar la marcha? No me siento seguro aquí, tan cerca de Buenos Aires.

MARÍN: No hasta la salida del sol. Pero no deberías alterarte así, Rafael querido. Estaba previsto. El problema es este exceso: movilizar los caudales completos.

SOBREMONTE: ¿Qué quieres decir con “caudales completos”? ¿Qué esperabas, abandonar la única razón de esta incomodidad?

MARÍN: Sólo digo que el transporte es muy lento. Pero aún podemos agilizarlo.

SOBREMONTE: ¡No veo cómo las carretas puedan “agilizarse” en este barro del infierno y esta lluvia del infierno!

MARÍN: Con calma, Rafael, con calma.

SOBREMONTE: No me exasperes.

MARÍN: Tu oro se transporta a buen paso: nunca he visto nueve mil onzas tan veloces. Deberías tranquilizarte.

SOBREMONTE: Haber llegado *ya* a Córdoba es lo único que me tranquilizaría.

MARÍN: Calma. Lo que retrasa la marcha no es tu oro, sino la plata... las siete carretas: el tesoro del Rey.

SOBREMONTE: ¿Ah sí? Dime cómo transportarlo sin carretas y...

MARÍN: Calma. Con calma.

SOBREMONTE: Usas la palabra “calma” otra vez y te desheredo.

MARÍN: No hará falta, querido Rafael. (*sonríe*) Al César lo que es del César... y al Marqués lo que es del Marqués.

SOBREMONTE: (*Pausa. De pronto ríe*) Eres un maldito cínico...

MARÍN: Al Inglés lo que es del Rey, y al Marqués su propio oro.

SOBREMONTE: De prisa, hagámoslo.

MARÍN: No hay tanta prisa. Estamos a media jornada de Luján. Ni siquiera es un desvío en nuestra marcha a Córdoba: dejaremos allí los caudales del Rey, bajo la protección de Dios, que tiene predilección por su Majestad.

SOBREMONTE: ¡Y por su Virrey! Si los piratas encuentran un millón de pesos fuertes en Luján no creo que insistan en perseguirnos *a nosotros*. ¿Y qué partida, por más británica que

sea, se arriesgaría a atacar a nuestra escolta? No dejemos hombres en Luján para custodiar el cebo...

MARÍN: *(sonríe irónico)* Igual, no podemos hacerlo. No lo has advertido. Sólo nos queda la escolta cordobesa; los demás han desertado. Pero es mejor así; avanzaremos más rápido...

Entran el cabo Guanes y oficiales.

GUANES: Cabo Bernardo Guanes, su Excelencia, pa' lo que guste mandar. Me habían dicho que estaba descansando, pero veo con orgullo que no es cierto. Traigo una partida pa' plantarle a esos bandidos; se dice que una tropa inglesa salió para acá. Pero yo traigo dos cañones, tres carretas de munición y siete artilleros, ¡a sus órdenes, patrón!

SOBREMONTTE: Pues ya puede usted llevarse todo porque aquí no hace falta.

GUANES: *(atónito)* Perdone, su Excelencia, pero aquí estamos pa'lo...

MARÍN: Ya escuchó al Marqués, paisano. El Virrey parte de inmediato, y lo que precisa no son más carretas sino más prisa...

SOBREMONTTE: Está dispensado, cabo.

GUANES: *(de pronto)* Pues, Señor, si usted dispensa brazos y municiones con el enemigo al frente será porque estamos perdidos... *(lo increpa)* o porque recula y nos vende a todos. ¿Recula? ¡¿Recula y nos vende?!

Sobremonte retrocede y cae al piso, vociferando.

SOBREMONTTE: Tírenle, maldito, mátenlo.

GUANES: ¡Que lo hagan! Prefiero morir de un tiro que escondido en el monte.

Un oficial saca su sable y lo apoya sobre el sombrero de Guanes. Sobremonte es auxiliado a levantarse.

OFICIAL: Cállese, paisano, que esto ya no tiene remedio.

SOBREMONTTE: Amárrenlo, amárrenlo.

Lo apresan con violencia.

MARÍN: Se lo ha ganado. Que lo estaqueen. *(Se lo llevan)*

SOBREMONTTE: ¡Que lo fusilen!

MARÍN: Morirá de todos modos, bajo la lluvia y la helada. Preparémonos a partir.

Salen todos menos Sobremonste.

Escena V

Sobremonste solo, en medio de la escena.

SOBREMONTE: Marín, mi querido Marín. Dejamos Luján y ya el barro nos cubre la mitad de las ruedas. Mi galera avanza, pero es como si no avanzara. Como si el barro la detuviera para siempre.

Lo sé, Marín. Ahora son baqueanos y arrieros los que me persiguen; no los invasores. Han pegado el hocico a los vidrios, me han escupido. Sus niños pordioseros me arrojaron piedras y ratas muertas.

Déjame solo, Marín. Déjame comprenderlo.

Avanza al frente.

Pueblo miserable. Suciedad de gentes. Perros de lomo negro y patas descalzas. ¿Qué hace el Marqués de Sobremonste entre la espuma rabiosa de los bárbaros? ¿Qué hace el Virrey huyendo del criollo, ya no del inglés?

Mi carroza se hunde entre ellos... Debo huir. No hay otra cosa que esta huida. Es el destino, y los brutos que se quedan jamás podrán comprenderlo.

Sale.

Escena VI

Luján, en una loma.

Coro de monaguillos, gauchos y negros, comerciantes y mujeres; beben sangría, comen empanadas y entonan coplas.

CORO: *Ves aquel bulto lejano
que se pierde tras del monte.
Es la carroza del miedo*

*con el Virrey Sobremonte.
La invasión de los ingleses
le dio un susto tan cabal
que buscó guarida lejos
para él y el capital.*

Entran Beresford y escolta inglesa.

BERESFORD: ¿Dónde está el tesoro, caballeros?

CORO: No hay dinero.

BERESFORD: ¿Dónde está la plata que buscamos?

CORO: No está a mano.

BERESFORD: ¿Dónde está el Virrey, o ya se ha ido?

CORO: No ha venido.

BERESFORD: ¿Sabéis por ventura qué os haremos?

CORO: No sabemos.

BERESFORD: *(ríe)* Oh, muy bien, señores. Nos quedaremos aquí, en Luján. Y por cada cuarto de hora que pase decapitaremos a un miembro de vuestra astuta resistencia.

CORO: ¿Resistencia?

BERESFORD: *(mira su reloj)* Dennis, ¿por quién empezamos?

PACK: Veamos, veamos. ¿Dónde está el tesoro robado?

CORO: El Virrey se lo ha llevado

PACK: *(apoya su sable en un miembro del coro, que se adelanta)* ¿Y adónde puede habérselo llevado?

MIEMBRO DEL CORO: Su Excelencia aquí presente, y demás autoridades británicas. Supongo, si sabéis mirar, que en el sótano de la Sala Capitular del Cabildo podréis encontrar sin dificultad...

BERESFORD: De prisa. ¿Dónde?

MIEMBRO DEL CORO: Permítame, su Excelencia, el honor de guiarlo.

Salen.

Escena VII

Dos espacios: izquierda y centro; y derecha (más elevado).

Izquierda y centro: Luján, Sala Capitular del Cabildo.

Ingleses cargando baúles del tesoro del rey.

Derecha: Córdoba, despacho del Virrey.

Sobremonte, sobre una alfombra roja, dicta su descargo.

SOBREMONTE: *(solo)* Estamos en paz, señor Secretario. No hay prisa aquí, en Córdoba. Nunca la hubo. De modo que escriba con delicadeza, con una caligrafía que convenza a Godoy, en España, de mis verdades. “Tomé la dirección de la Villa del Luján, distante catorce leguas de la capital, donde esperaba reunir las Compañías de Milicias, y donde pensaba hacerme fuerte para sostener el territorio con el cañón y el obús”.

Izquierda y centro.

BERESFORD: *(a Dennis Pack, mientras soldados acarrear baúles)* ¿Cuánto queda?

PACK: Cuatro baúles, pero hay muebles y otros objetos de valor acumulados.

BERESFORD: No hay tiempo ni transporte para eso.

Dennis Pack se retira.

Derecha.

SOBREMONTE: “Pero por la debilidad de los caballos y de la gente, y la continua lluvia y lodazales del camino, no pudieron seguirme. Llegué a cuatro leguas de la Villa con sólo los cordobeses y hallé 119 milicianos en los que vi disposición de seguirme; pero antes del amanecer recogieron su caballada con insurgencia, y golpeándose la boca con algazara porque habían oído que los ingleses me seguían, se fugaron a carrera suelta, y me quedé solo, sin más recurso que llegar a Luján, donde encontré las carretas con el caudal del Rey que había puesto a salvo”.

Izquierda y centro

Regresa Dennis Pack.

PACK: Queda sólo un baúl, señor. Pero no puedo creer lo que está sucediendo: un grupo de locales ha ingresado al sótano y se está llevando el resto.

BERESFORD: ¿Se roban a sí mismos? Curiosa conducta.

PACK: De chacales.

Comienza una procesión de vecinos de Luján con objetos robados, a la vista de los ingleses.

Derecha.

SOBREMORTE: “Viéndome solo y sitiado por el mal tiempo, y sabiendo que el enemigo podría hacerme prisionero, con los graves males que eso supondría al Reino, aceleré mi marcha, y no encontrando en las campañas sino terror y desobediencia, me dirigí a esta ciudad de Córdoba, la más inmediata de las de primer orden, donde por mi antiguo gobierno hallé fidelidad y auxilios, en espera de volver sobre Buenos Aires con cuanta gente pudiese contar.” Es todo, Secretario. Puede retirarse. *(Pausa placentera)* Ah, Córdoba mía...

Izquierda y centro.

Los criollos han pasado. Beresford y Pack, a solas.

BERESFORD: Dennis, regresa al puerto de Buenos Aires. Dispón el embarque del tesoro en el Narcissus, de inmediato rumbo a Inglaterra, y...

Un vecino rezagado arrastra una pila de objetos valiosos.

Beresford lo observa curioso. Se le interpone.

VECINO: *(se detiene con temor)* Su Excelencia...

Beresford se cuadra, marcial, ante él. Le hace la venia. Le da la mano.

BERESFORD: Honor de haber saqueado juntos a la Corona española.

PACK: *(se cuadra también)* Sir!

Beresford se retira seguido por Dennis Pack.

VECINO: *(estupefacto)* Joder con los piratas.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO III
LA RECONQUISTA

Escena I

Buenos Aires, invierno de 1806. Prostíbulo vacío.

June se pasea en ropa interior; el Búho juega a perseguirla.

BÚHO: ¡Ninfa adorada, no huyas! O al menos pásame el parte del día mientras te escapas.

JUNE: ¿Eso es lo que quieres? Entonces no podrás tocarme hasta que yo termine. Escucha: Margot enamoró a un inglés que hacía guardia; (*muestra sus piernas*) lo sedujo mirándolo a los ojos. Y el pobre abandonó la guardia, y allí nomás se entreveraron, detrás del Fuerte. (*saca un papel de sus calzones*) Aquí tienes el total de piezas de artillería con las que cuentan. (*se lo da*)

BÚHO: (*intentando meterle la mano en los calzones*) ¡Ahora contemos las municiones!

JUNE: ¡No! Ahora consultamos a la negra Alina. (*mete una mano entre sus tetas*) Se llevó a otro y le robó el dinero y el orden de guardias mientras el pobre faldero le confesaba que jamás había visto tetas más grandes.

BÚHO: (*intenta besárselas*) Pero las tuyas son más hermosas.

JUNE: ¿Me hablas a mí? Yo misma he estado toda la noche aquí con Thomas, un oficial. Oh, no entiendo cómo, pero me ha hecho sin parar el amor durante horas y me prometió devolverme a Inglaterra con oro en las enaguas.

BÚHO: ¡Me matas! Pero antes déjame probar suerte. ¿Cuántas horas ha estado contigo ése? Más tarde moriré de celos.

JUNE: El tiempo voló, y mi amor voló a la guardia. Pero habrá llegado tarde también, para su desgracia, pues creo que los azotan. Fue un tiempo largo, casi tan largo como... Tú sabes. Tan enorme...

BÚHO: Oh, bien. Lo he decidido. A partir de ahora yo también usaré faldas. Esta es una prisión injusta (*amenaza bajarse los calzones*), y tú debes ayudarme a liberar...

JUNE: (*lo detiene*) También me habló de Beresford.

BÚHO: ¿Entonces se detuvo a descansar, como cualquier mortal?

JUNE: Querido, creí que esta información te interesaba.

BÚHO: Dímelas.

- JUNE:** Beresford no duerme, delira despierto y jura que jamás se ha topado con un pueblo más traidor que éste. Tiene un mal presagio.
- BÚHO:** *(corta el juego y besa los papeles)* ¡Lo hicimos! Beresford nos teme, y pronto sus soldados también. *(Se dirige a un arcón y revuelve ropa)*
- JUNE:** *(decepcionada por el fin del juego)* Los soldados no lo saben aún. Pero los oficiales ya tienen lo que buscaban: los caudales del Rey; ¿lo sabías? Mis ninfas lo averiguaron. Sobremonte quiso esconder el tesoro, pero ya está a bordo del Narcissus, rumbo a un banco en Inglaterra. ¡Y les repartirán su parte cuando regresen! *(suspirando)* ¿Por qué no hablarán en serio los hombres, así ese Thomas me lleva consigo...?
- BÚHO:** *(se viste ropas extrañas: un camisón blanco, calzas negras, y sigue buscando)* Robar y huir es tarea de nobles, o de genios. Pero hasta Sobremonte lo ha logrado, pues estoy seguro que guardó lo suyo. Oh, ya empiezo a admirar a ese culón...
- JUNE:** Los ingleses no huirán, cariño; los conozco bien. Adoran la guerra. Querrán apalear a los nativos rebeldes...
- BÚHO:** *(encuentra una olla de cobre)* ¿Qué saben ellos de los nativos? Sólo que son traidores, y que huelen a barbarie. Aún no los han visto cebados en un matadero... *(se calza la olla en la cabeza)*
- JUNE:** No puedo dejar de amarte, querido, cuando te vistes de gala.
- BÚHO:** No es ropa de gala, es ropa de combate. Gracias a vuestros servicios, *(reverencia)* los tendremos en un puño. ¿Liniers ha llegado?
- JUNE:** Lo esperan esta noche, pero mis chicas sospechan que es...
- BÚHO:** Un engaño, sí. *(juega con un florete quebrado)* Nuestro viejo O’Gorman, espía británico que ahora es doble espía, lo convenció a Beresford de que Liniers va a negociar. Así que el francés dejó sus tropas listas en la Ensenada y viene a la recepción de su suegro, don Martín de Sarratea: un homenaje a los invasores.
- JUNE:** No me refería a la trampa; ya la conocíamos. Se cuentan otras cosas.
- BÚHO:** ¿Qué cosas?
- JUNE:** Que Liniers viene a ligarse a la mujer de tu O’Gorman, esa francesita Perichona.
- BÚHO:** Ah, el amor y la guerra, mi Dulcinea, el amor y la guerra. Ahora, vestido para la batalla... haré lo que debo hacer, porque sino no haré nada.

La atrapa y se la lleva.

Escena II

Casa de Martín de Sarratea, antesala de la recepción.

Liniers y su suegro.

SARRATEA: Debes entrar ahora, Santiago. Quiero que me lo observes y le cales los huesos a Beresford, y que le mientas y te lo ganes, ¡y que me devuelva mi peculio, coño!

LINIERS: Está usted tan enojado que no piensa bien, don Martín.

SARRATEA: ¡Pues claro que estoy enojado; piensa tú por mí!

LINIERS: No recuperará nada. Sólo espere no seguir perdiendo.

SARRATEA: ¡¿Qué dices ... por Dios y María Santísima?!

LINIERS: Venceremos a los ingleses, don Martín. Vencerlos por cuenta propia no es imposible. Pero quitarles *nosotros* lo que han robado sí lo es.

SARRATEA: ¿Y tú qué sabes? ¿Crees que yo no sé cómo son las cosas?

LINIERS: Don Martín...

SARRATEA: Sé que engañas la memoria de mi hija muerta, y que le has puesto el ojo a la esposa de ese irlandés gurrumino, a esa cortesana del infierno, a donde tú te irás, Santiago...

LINIERS: *(lo enfrenta)* Un momento...

SARRATEA: Adonde tú te irás si no me ayudas. *(Le ruega y lo toma de los hombros)*

Ayúdame, Santiago; Santiago, eres el único con cerebro entre tanto cabrón. El pueblo cree en ti, cree en ti: aprovecha y convócalo a morir por el Rey. *(Pausa)* ¿Lo harás?

LINIERS: Lo haré.

SARRATEA: *(feliz)* Sí, sí. Hice las paces con Álzaga, mi enemigo, tú sabes. España ya no defiende sus tributos, así que lo haremos nosotros, y nos quedaremos con lo nuestro. Tú tienes al pueblo y Álzaga el dinero: lo haremos... *(refriega las manos)* ¡y que se jodan el Rey y los suyos en España, hasta que puedan volver!

LINIERS: Así se habla, pardiez.

SARRATEA: Hala, Santiago, *(dándole empujoncitos)* entra al salón, que los hijoputa te esperan. Y yo también, también te espero, *(le da vueltas a su silla)* aquí, aquí.

LINIERS: Tranquilo, don Martín. Échese una siesta mientras tanto.

SARRATEA: Ve y me los engañas, y te comportas como el mejor traidor, cornucopia. *(ríe)*

Sale Liniers.

Sarratea se sienta y se duerme. Queda allí, al margen, durante la escena siguiente.

Escena III

Córdoba, al aire libre.

Sobremonte, Marín y aristocracia de pompa devaluada.

Un edecán lee un bando.

EDECÁN: Don Rafael de Sobre Monte, Nuñez, Castillo, Angullo, Bullón, Ramírez de Orellana, Marqués de Sobre Monte, Brigadier de Infantería, Virrey Gobernador y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata, Subinspector General de las Tropas, Presidente de la Real Audiencia, Superintendente General de Hacienda, Rentas de Tabaco y Naipes, del Ramo de Azogues y Minas y Real Renta de Correos de este Virreinato, manifiesta...

SOBREMONTE: Que estando ocupada Buenos Aires por los ingleses, y siendo esta ciudad de Córdoba la más inmediata de las de primer orden, la declaro Capital del Virreinato.

Aplausos

Sobremonte hace ademán de que se retire la corte y queda a solas con Marín.

SOBREMONTE: Ay, Córdoba mía. Demos un paseo, mi buen Marín.

MARÍN: Vamos.

SOBREMONTE: Qué tarde suave, Juan; qué bellos campos.

MARÍN: Necesitabas de este cielo para olvidar tanta improcedencia contra tu persona.

SOBREMONTE: Sí, amigo mío; hay algo de Andalucía en estos montes. Córdoba es un relicario de suaves riscos que rodea nuestros cuellos.

MARÍN: Yo también percibo el encantamiento.

SOBREMONTE: No sólo eso. Córdoba es la capital verdadera, Juan, el corazón de mi virreinato; la medida contra la soberbia. La cuna de lo único bueno que puede hallarse en estas tierras. En cambio Buenos Aires es la barbarie, aunque se crea civilizada sólo porque está a orillas de un río repleto de barcas de contrabando. Y ahora, sus vecinos más reputados querrán dejar de compartirlo...

MARÍN: Quería decírtelo. No debemos irnos de Córdoba todavía, Rafael, aunque les digas otra cosa a estos ingenuos. Es tu refugio, y aquí me quedaré para acompañarte.

SOBREMONTE: Tú sabes, mi buen Juan, que eres mi fuerza y aliento.

MARÍN: Calla. Sigamos hasta la cañada. Córdoba es tu refugio, pero ese rincón es el nuestro.

SOBREMONTE: Sí, Juan... amigo. Ardo por la soledad acobijada.

MARÍN: Guardada para ti, Rafael.

SOBREMONTE: Nadie nos verá, ¿verdad, hermoso Juan?

MARÍN: Nadie, mi decoroso Virrey.

Escena IV

Casa de Martín de Sarratea, antesala de la recepción.

El viejo sigue dormido. Cuando regresa Liniers, se despierta.

SARRATEA: Santiago, ¿qué me dices ahora? Alégame, ¿sí?

LINIERS: Me simpatiza Beresford. *(Saca su cuchillo de la cintura y habla palpando el filo)*
Nos trasladamos a una habitación contigua y conversamos a solas, hasta ahora.

SARRATEA: *(Lo observa curioso)* ¿Sin testigos, eh? ¿Lo amenazaste, lo asustaste? *(De pronto, como si advirtiera algo, mira su reloj)* Pero que te lleve el infierno: ¡han pasado dos horas!
¿Qué se han dicho?

LINIERS: Beresford es un militar valiente y un fiel servidor de su corona, a su manera. *(se acerca a una viga de madera)* Haré lo posible para no asesinarlo. *(Clava su puñal en la viga con firmeza)*

SARRATEA: Coño.

LINIERS: Deje esto aquí. Vendré por él cuando Buenos Aires sea nuestra.

SARRATEA: *(asustado)* Tú sabrás lo que haces, Santiago...

Escena V

Costa de Cádiz, 1827.

Playa. Sobremonte viejo, sentado en sillón, uniforme, banda y peluca.

Junto a él, Cabeza de Vaca con máscara.

CABEZA DE VACA: ¿Quiénes eran sus amigos en aquellas tierras, Su Excelencia?

SOBREMONTTE: Yo era el Virrey, señor marino. Por la alcurnia de mi sangre. Y no tenía amigos, debería usted saberlo. A nadie llamé “amigo”, a nadie le permití hacerlo. Gobernaba yo sobre esas tierras, y no eran tiempos de paz. De modo que quien gobierna tiene aliados, no amigos.

CABEZA DE VACA: Comprendo. ¿Y quiénes eran sus aliados entonces, Señor Virrey?

SOBREMONTTE: Todos, sin saberlo. Todos. Hasta lo que no me obedecían. Pero sólo el noble reconoce al noble como aliado. Y yo he tenido uno... Juan, Juan Marín, ése era su nombre. Mi silencioso bastón en tiempos duros.

CABEZA DE VACA: Silencioso... ¿Qué otras virtudes tenía? ¿Qué ha sido de él?

SOBREMONTÉ: Un hombre digno y apuesto, recatado y leal. Él me amaba. *Eso* ha sido de él. Él me amaba. Y yo lo dejaba hacer... Yo lo dejaba.

CABEZA DE VACA: Pero qué...

SOBREMONTÉ: ¡Suficiente, señor Marín... Señor marino! Suficiente.

CABEZA DE VACA: Perdone, Su Excelencia. (*pausa*) De modo que ha sido amado, lo comprendo. ¿Pero ha amado usted alguna vez?

SOBREMONTÉ: Yo no amaba, Cabeza de Vaca. Yo no amaba. Gobernaba.

Tambores de negros.

Bandera inglesa izada, arriba, mientras Sobremonte y Cabeza de Vaca se apagan.

Escena VI

Alto del Fuerte, cañonazos lejanos, esporádicos.

Beresford mira la ciudad gris.

BERESFORD: Siento llover aceite. El aceite viene hirviendo en las ollas de Santa María de los Buenos Aires desde el origen del tiempo, y desde más atrás, desde aquel indio que cocinó al primer español, y aquella misma hambre salpica ahora los tambores de los negros que no dejan de sonar jamás.

Golpean mi pobre ojo trajinado de sangre, pero yo lo veo todo con él. Con mi ojo comprendo lo que ansían. Y lo que ansían no tiene nombre. He visto más hambre que ésta, en la India, en Egipto, pero aquí es diferente. La frontera del mundo cambia las leyes naturales. Esto no es indigencia, es voracidad; es hambre de superioridad imposible, ambición de pueblo frenético que no quiere ser lo que es y quiere ser lo que no es. Se comerán vivo a todo el que se acerque, y luego se comerán a sí mismos.

Pero antes... me veo a mí. Las mujeres caldean en su aceite mi piel blanca y la encienden en sus hogueras, con la misma avidez de los antiguos caníbales que ahora, travestidos, parecen enamorados de estas pampas, consagrados a elevarse desde su chatura hacia alguna altura inexistente.

Aparece Dennis Pack a sus espaldas.

PACK: Nosotros somos más codiciosos que estos bárbaros, comandante.

BERESFORD: Oh, por supuesto. Pero nuestra codicia es la de ser cada vez más lo que somos y ellos no son nada, y convierten todo lo que tocan en su propia nada. *(Mira con un catalejo)* Mira sus horizontes. Allí vienen. *(Le pasa el catalejo)* Es la hora de las hordas.

Los tambores suben hasta el estruendo.

Escena VII

Calles oscuras. Grillos. En lo alto, al centro, la Perichona deja caer un pañuelo blanco desde su balcón.

Abajo, Liniers lo atraviesa con su sable.

Cañonazo y tambores de guerra.

Dos espacios elevados: izquierda y derecha.

Izquierda, alto del Fuerte de Buenos Aires:

Ecos lejanos de metralla y tambores. Beresford y Dennis Pack, bajo la Union Jack.

PACK: Los dragones al mando de Liniers se despliegan desde Miserere al Retiro. Y se suman las tropas indias...

BERESFORD: Doscientos salvajes en cueros, ya lo sé: vinieron a pelear a cambio de aguardiente... Ellos sabrán lo que hacen.

Derecha, Córdoba:

Sobremonte en un sillón, leyendo canturroso y tranquilo, pasa revista.

Le responden las voces de sus hijos (en off), una por una.

SOBREMONTTE: Rafael de Sobremonte y Larrazábal, bautizado en Buenos Aires, 22 de octubre de 1783.

RAFAEL: *(militarizado)* Presente, padre.

SOBREMONTTE: Marcos José de Sobremonte, bautizado en Córdoba, 28 de agosto de 1785.

MARCOS: Presente, padre.

SOBREMONTTE: Ramón María Agustín de Sobremonte, bautizado en Córdoba, 9 de octubre de 1786.

RAMÓN: *(gritando)* Presente, padre.

SOBREMONTTE: José María de Sobremonte, bautizado en Córdoba, 4 de enero de 1790.

JOSÉ MARÍA: *(voz anodina)* Presente, padre.

Izquierda.

PACK: “Regimiento de Húsares”, así lo llaman. Está en... las chacras de Pedriel.

BERESFORD: ¿Al mando de quién?

PACK: *(lee)* Don Martín de Pueyrredón.

BERESFORD: ¿Y qué otros regimientos de línea?

PACK: Patricios y Blandengues, señor. Es todo. Están al mando de... Cornelio Saavedra.

Derecha.

SOBREMONTTE: *(Secando su frente con pañuelo blanco)* Manuel de Sobremonte, bautizado en Córdoba, 11 de agosto de 1792.

MANUEL: Presente, padre.

SOBREMONTTE: María de las Mercedes de Sobremonte, bautizada en Córdoba, 31 de diciembre de 1793.

MARÍA: Presente, padre.

SOBREMONTTE: Josefa Juana Nepomucena María del Carmen de Sobremonte, bautizada en Córdoba, 24 de abril de 1795.

JOSEFA: *(desafiante)* Presente, padre.

SOBREMONTTE: Juana de Sobremonte, bautizada en Córdoba, 19 de agosto de 1796.

JUANA: Presente, padre.

Izquierda.

PACK: *(con catalejo)* Bueno. Parece que el vecindario entero está cavando. No sé quién los manda; el viejo Álzaga, supongo, que por cierto en cualquier momento se enterrará a sí mismo.

BERESFORD: No me extrañaría, Dennis. Está escrito en el destino de estas colonias.

PACK: Y creo que es todo. No faltó nadie a la cita. Hasta las putas que ayer mercaban con los nuestros hoy cavan zanjones. ¡Pero... increíble! En medio de ellas y los negros hay un demente con una olla en la cabeza. O teme que le arrojemos ladrillos, o ya le han pegado con uno: anda a los gritos, cubierto de lodo.

BERESFORD: Y feliz, sospecho. Feliz, como no lo estaremos nosotros. Creerá tener en su locura una hora de gloria. Que la disfrute.

Derecha.

SOBREMONTÉ: José María Ramón de Sobremonte, bautizado en Buenos Aires, 19 de enero de 1798.

J.MARÍA RAMÓN: Presente, padre.

SOBREMONTÉ: José María Agustín de Sobremonte, bautizado en Buenos Aires, 20 de abril de 1799.

J.M.AGUSTÍN: (*niño*) Presente, padre.

SOBREMONTÉ: Ramón José Agustín de Sobremonte, bautizado en Montevideo, 4 de agosto de 1801.

RAMÓN JOSÉ: (*niño*) Presente, padre.

SOBREMONTÉ: José Agustín María de Sobremonte, bautizado en Buenos Aires, 19 de abril de 1803.

J.AGUSTÍN MARÍA: (*vocecita*) Presente, padre.

Izquierda.

Llega el teniente Fernyhough, con una herida vendada.

PACK: La retirada al Fuerte está completa. El teniente Fernyhough se reporta.

FERNYHOUGH: (*se cuadra*) Señor. El movimiento completo...

BERESFORD: ¡Tarde, Fernyhough! Tarde.

FERNYHOUGH: Señor...

BERESFORD: ¿Qué hay del enemigo en línea, de la solicitud de parlamento?

FERNYHOUGH: Señor... Izamos la bandera de parlamento, en Miserere, en la plaza...

(pausa incómoda)

PACK: Continúe.

FERNYHOUGH: No sé cómo explicarlo: era como si no la vieran. Avanzaban chillando, cerca de cuatro mil de esos... pelagatos. Irrumpieron en la plaza con cuchillos.

BERESFORD: (*irónico*) Salvajes, ¿verdad?

FERNYHOUGH: Más bien torpes, señor. Disparaban en todas direcciones, pero no nos acertaban. Creo que lo único que querían era el degüello...

BERESFORD: La cercanía de la sangre: en las manos, en las narices, en las bocas. Y bien. Veamos si alguno de esos “dones”, de esos caudillos con un regimiento más o menos ordenado, puede descifrar al menos una regla militar como es debido.

PACK: Izaremos la bandera blanca en el Fuerte. Cuando lleguen hasta aquí sus jefes, quizás controlen a estos... estos...

FERNYHOUGH: Animales, señor. Animales.

Bajan la Union Jack. Izan la bandera blanca.

Escena VIII

Córdoba.

Derecha de la escena, Sobremonte.

SOBREMONTE: Señores Oficiales de Campaña de los Reales Ejércitos aquí en Córdoba, os habla el Virrey Gobernador y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata, en su carácter de Brigadier de Infantería y General de las Tropas, Marqués de Sobremonte.

Como sabéis, estando ocupada Buenos Aires y habiendo declarado a Córdoba capital del Virreinato, os reúno aquí en sustento de su Majestad y en orden de batalla para la ya próxima gesta de la Reconquista.

Mas viéndome con la precisión de conservar el gobierno sin dejar a esta ciudad indefensa, y considerando los males que de un ataque enemigo podrían seguir, estimo por sobre todas las cosas la fidelidad que me han brindado, y queden dispuestos a avanzar sobre Buenos Aires tan pronto como las noticias que lleguen desde el puerto sean propicias.

Viva el pueblo de Córdoba en el corazón de su majestad el Rey y en el mío, vuestro Virrey.

Descansen.

Escena IX

Buenos Aires, tabiques de los muros exteriores del fuerte.

Arriba, bandera de parlamento.

Se oye un enorme griterío desde el interior de los muros, y toques de retirada prontamente silenciados.

Abajo, indios y gauchos arrastran cañones, rodean el fuerte y esperan.

De pronto, saltan al exterior de los muros gauchos vistiendo capotes ingleses robados.

Los recibe un griterío.

Los que esperaban afuera saltan al interior de los muros, mientras siguen saliendo gauchos e indios con capotes.

Los que salen danzan un malambo beodo: patean el suelo con botas de potro, gritan, y sacuden sus dagas y sus botellas de aguardiente.

FIN DEL TERCER ACTO

ACTO IV
LA DESTITUCIÓN

Escena I

Villa del Luján, primavera de 1806.

Sobremonte y Marín.

SOBREMONTE: *(agotado, en un sillón)* Leguas y leguas de maldito llano hasta volver a Luján. Pero no es eso, Juan, no es eso. Es el criollaje despreciándonos y nadie que imponga orden. Dame buenas noticias: dime que preparan mi recepción en Buenos Aires.

MARÍN: No lo creo, Rafael. Los espías aconsejan no avanzar. Hubo una reunión de Cabildo tras la victoria. Todo un desorden, gauchos a caballo en las escaleras y pampas borrachos en los tejados. Pero en algo estaban de acuerdo: todos gritaban “Sobremonte traidor” en la plaza.

SOBREMONTE: Entiendo. *(se levanta)* Al menos espero que haber venido a Luján no haya sido en vano. Si puedes ir a la Sala Capitular, averigua qué ha sido de los caudales del Rey. Mientras tanto, recibiré a estos porteños...

Marín se retira. Sobremonte se sienta.

Entra la Comisión del Cabildo.

Silencio tenso.

SOBREMONTE: Señores...

Reaccionan: se inclinan saludando, “Señor Marqués”, “Su excelencia”, “Señor Virrey”.

Sobremonte se levanta.

SOBREMONTE: Bienvenidos, caballeros. Sabrán disculpar la demora, pero he tenido un viaje fatigoso... *(bosteza con falso disimulo)*

VOCERO 1: Permítame, Señor Virrey, hablar en nombre del Cabildo de Buenos Aires, pues el tiempo apremia y nos esperan con la respuesta.

SOBREMONTE: Concedido. Demos comienzo a la audiencia entonces.

VOCERO 1: *(carraspea)* El Cabildo de la Ciudad, habiendo reconquistado con las armas la plaza de Buenos Aires, y reconociendo los méritos del militar al mando... *(pausa)* Me refiero a Don Santiago de Liniers.

SOBREMONTE: Lo sé, lo sé.

VOCERO 1: El Cabildo solicita, entonces, que tenga a bien considerar una situación... una situación que de hecho está vigente a partir de vuestra ausencia...

SOBREMONTE: No hay tal ausencia, señor, ninguna *ausencia*. Estoy aquí presente, por si no lo ha notado...

VOCERO 2: (*interrumpiendo*) ¡Basta de tonterías, señores! No hemos hecho todo el camino hasta aquí, y menos aún hemos tomado las armas para enredarnos en “ausentes” y “presentes”.

SOBREMONTE: Respete las formas, se lo ruego.

VOCERO 2: Y usted respete la realidad, Sobremonte, o la realidad se le caerá encima. ¿Espera regresar a Buenos Aires, verdad? No espere una cálida bienvenida, entonces. Al menos ratifique de una vez la cesión de su mando militar a Liniers.

SOBREMONTE: ¿Y qué significa eso?

VOCERO 2: Lo que es. Usted formaliza lo que ya es un hecho y esta comisión se retira. Los secretarios pasarán a llevarse el acta; otra formalidad. Y háganos saber por ellos la fecha de su retorno, para poder disimularla. ¿Entendió? (*Sobremonte no responde*) Muy bien. Es todo.

Se da vuelta para retirarse. Los demás hacen lo mismo.

SOBREMONTE: He cedido el mando militar; pero sigo siendo el Virrey. Concluya esta audiencia con el debido respeto.

VOCERO 2: Oh, disculpe. Usted sigue a cargo de los respetos. Nuestros respetos son suyos... (*Con reverencia irónica*) Su Excelencia.

Se retira. Los demás también, con reverencias.

Entra Marín.

SOBREMONTE: (*recomponiéndose*) No importa, Juan, no importa. No pueden hacerme nada.

MARÍN: Liniers los envió, ¿verdad?

SOBREMONTE: Sí, pero ya lo sabíamos. Ahora dame una buena noticia.

MARÍN: Lo siento. No queda nada de valor aquí en Luján.

SOBREMONTE: Entonces tampoco tenemos nada que hacer en Buenos Aires. Crucemos a la Banda Oriental, a Montevideo.

Escena II

Buenos Aires, prostíbulo repleto: vecinos, gauchos, negros, militares.

El Búbo en el estrado, con una botella.

BÚHO: Amigos. ¡Hermanos del puterío! (*ovación*) El día final de los festejos ha llegado, aunque un mes de borrachera se torna un instante en vuestra grata presencia. Valió la pena habernos batido, al menos para disfrutar la juerga. (*Bebe. Ovación*)

¡Hermanos todos! Hemos preparado con las damas de la casa una función en homenaje a los héroes. Primero y principal, en honor del flamante General de Armas, al mando de las tropas del Virreinato, ¡Don Santiago de Liniers! (*ovación*)

Un grupo trae a Liniers en andas, rociándolo con sus copas y haciéndolo beber.

El Búbo continúa.

Y en segundo lugar, para los oficiales criollos, nombrados por primera vez en nuestra propia tierra, ¡tras su glorioso bautismo de fuego! (*Ovación*)

Traen a algunos oficiales, con el mismo trato. Algarabía y empujones.

Bajan a Liniers y le acercan en andas a una mujer enmascarada. La depositan frente a él.

LINIERS: A ti te conozco... (*saca de su chaqueta un pañuelo blanco, rasgado*)

MUJER: (*toma el pañuelo y hace un gesto de silencio*) *Taisez vous, mon cher...*

BÚHO: Nadie la conoce. Nadie la ha visto. Nadie la verá. (*levanta su botella*) Al gran comandante del pueblo, ¡salud!

Rodean y ocultan a la pareja, que desaparece.

Y ahora, antes de que comience la función... debo homenajear a mi Virrey. (*abuceo*) ¡Silencio! Sobremonte el Grande está a estas horas llegando a Montevideo. Su pellejo y su investidura real están a salvo, y nada de lo que festejamos hoy habría sucedido si él se hubiera comportado de otra manera. ¿Lo habéis pensado? (*Silencio estupefacto*) Propongo un piadoso silencio en su honor. (*Baja la cabeza. Espía a los concurrentes con un ojo*) Hablo en serio.

Silbidos y abucheos. El Búbo deshace el gesto.

Damas y caballeros, “La batalla de la Reconquista”, ¡por la Diva June y su compañía de Patricias!

Entran prostitutas en calzones, con fusiles y sombreros criollos e ingleses.

Danzan y parodian escenas de la batalla, quitándose cada tanto los calzones y mostrando traseros.

Algarabía y participación de los hombres.

Al final, aparece el Búbo con un disfraz que simula barriga y culo, banda roja y blanca y una peluca en la mano.

Se ubica en el centro.

¡Pueblo de Buenos Aires, pueblo mío! ¡Yo soy Sobremonte, soy vuestro Virrey!

Se calza la peluca y abre sus brazos en cruz.

Con un griterío infernal, le arrojan porquerías y lo insultan.

Terminan y se retiran, riendo. El Búbo permanece solo, aún con los brazos abiertos, sonriente, mirando al cielo.

Yo soy vuestro padre Sobremonte, pero ustedes jamás llegarán a comprenderlo.

Mira al frente con una seriedad mortal. Sus ojos brillosos.

Cierra los brazos sobre su pecho y saluda.

Escena III

Montevideo, despacho del Virrey.

Sobremonte recibe al Gobernador Huidobro.

HUIDOBRO: *(reverencia)* Su Excelencia...

SOBREMONTE: Gobernador. Espero que tenga una explicación para todo esto.

HUIDOBRO: Señor, sabrá disculpar la escasez de recursos. Pero las guirnaldas fueron ordenadas...

SOBREMONTTE: ¡No me refiero a las flores sino a los insultos y la insubordinación del vulgo!

HUIDOBRO: Son sólo pequeños grupos ...

SOBREMONTTE: ¡No me venga con eso! Montevideo es su ciudad, Huidobro, y usted no ha podido o no *ha querido* mantenerlos a raya.

HUIDOBRO: Montevideo no es *mi* ciudad solamente, señor; también es suya, y del Rey, y en parte de *ellos* ahora. De modo que agradezca que los ánimos estén más aplacados que un mes atrás, cuando recibimos el oficio de su traslado.

SOBREMONTTE: (*Pausa*) Bueno, olvidemos esta torpe recepción. Con mi residencia aquí las cosas volverán a la normalidad... al menos en Montevideo.

HUIDOBRO: Así lo esperamos todos. (*Pausa*) Su Excelencia...

SOBREMONTTE: Puede retirarse.

HUIDOBRO: Respecto de las tropas que ha traído con usted...

SOBREMONTTE: Qué.

HUIDOBRO: Esperábamos instrucciones más precisas de Buenos Aires. ¿Sabe usted si ordenaron que la tropa permanezca...?

SOBREMONTTE: (*interrumpe*) Esta tropa me acompaña desde Córdoba. Buenos Aires no tiene nada que ordenarle a mi guardia personal.

HUIDOBRO: El mando militar es de Liniers, señor, y considero que aún estamos en guerra, pues no me engaño de las intenciones británicas.

SOBREMONTTE: Es suficiente, Huidobro. Le comunico que Liniers está asumiendo potestades que no le incumben, y no consulta conmigo sus acciones. Si espera órdenes del francés, usted también es responsable de esta indisciplina.

HUIDOBRO: El comandante Liniers tiene libertad de acción...

SOBREMONTTE: ¡Nadie puede actuar por cuenta propia existiendo un Virrey! Liniers puede darse aires entre los porteños, pero *yo* estoy aquí. Resido aquí en calidad de Virrey y no como invitado. Y la autoridad del Virrey es la autoridad delegada del Rey y es invulnerable.

HUIDOBRO: Usted la ha vulnerado huyendo de la batalla, Sobremonte.

SOBREMONTTE: ¿Pero qué se ha creído? Subordínese o le daré una lección de mando frente a un pelotón de fusilamiento.

HUIDOBRO: ¿Les ordenará a sus cordobeses un atentado? ¿Es ésa su política de guerra?

SOBREMONTTE: ¡Retírese de mi presencia! Ya veré qué hago con su destino.

HUIDOBRO: No sé en qué manos está mi destino, pero seguro que no en las suyas...

SOBREMONTTE: ¡Guardias!

Entran los guardias. Huidobro los detiene con un gesto.

HUIDOBRO: No hace falta. El Gobernador se retira, subordinado...

SOBREMONTTE: El Virrey no olvida las ofensas.

HUIDOBRO: El pueblo tampoco.

Escena IV

Costa de Cádiz, 1827.

Sobremonte viejo, Cabeza de Vaca con máscara.

CABEZA DE VACA: ¿Ha hecho usted la guerra, Su Excelencia?

SOBREMONTTE: ¿La guerra...? Su curiosidad es ingenua, señor marino; pregunta del amor, pregunta de la guerra.

CABEZA DE VACA: ¿Ha hecho usted...?

SOBREMONTTE: ¡Sí, señor marino, he hecho la guerra!

CABEZA DE VACA: ¿Y por qué ha peleado...?

SOBREMONTTE: ¿Por qué sale el sol; por qué sale la luna?! El águila vuela, el león mata, el militar combate. Soy un militar. ¿Por qué pregunta?

CABEZA DE VACA: Pregunto porque...

SOBREMONTTE: Sé por qué pregunta. No parezco militar, ¿verdad?

CABEZA DE VACA: Sí parece...

SOBREMONTTE: Usted tiene el problema de los comunes: entiende la fuerza, pero no sus objetivos. Yo usé mi fuerza por la salud de un cuerpo entero, pero sus miembros se rebelaron contra la cabeza.

CABEZA DE VACA: ¿Ha sufrido usted la rebelión?

SOBREMONTTE: Yo no sufrí nada: ellos lo sufren todo. *(ríe)* Se los advertí, pero no entendieron. *(pausa)* Yo era lo único que les quedaba. Ahora los miembros libres están mutilados. Cortando una cabeza quisieron liberarse. *(estalla carcajada)* ¡Pero les vuelve a crecer y no se dan cuenta! Ahora cortan cabezas sólo para liberarse de su memoria.

Escena V

Buenos Aires, verano de 1807.

Habitación del Fuerte. La Perichona y Terésfora, sirvienta india, ayudándola a vestirse de gaucho.

PERICHONA: ¿Está presto mi caballo negro, Terésfora?

TERÉSFORA: Sí, señora madama.

PERICHONA: “Madame”, Terésfora, “madame” y no “madama”, que no es lo mismo.

TERÉSFORA: Sí, señora madán.

PERICHONA: Alcánzame esas bombachas... El sombrero y... el pañuelo blanco, (*ríe*) ¡qué ironía! No es fácil parecer un hombre...

TERÉSFORA: No, señora madán.

PERICHONA: ¿El comandante Liniers se ha dormido ya?

TERÉSFORA: Sí, señora madama. *Abicito* duerme.

PERICHONA: Terésfora, *ma cherie*: es “madame”, no “madama”.

TERÉSFORA: Sí, señora madán.

PERICHONA: Cuando el comandante despierte le dices que he partido con mi esposo y él no hará preguntas...

TERÉSFORA: Sí, señora madama.

PERICHONA: Bueno, como quieras. (*Pausa*) Dime, Terésfora, ¿qué piensas tú de los ingleses?

TERÉSFORA: Se parecen al comandante Liniers, y a usted, y a su marido, señora madama.

PERICHONA: Pero no somos iguales, niña; hablamos otra lengua.

TERÉSFORA: Sí, señora madama. Todos hablamos lengua. Pero ustedes se parecen. Yo no me parezco. Ustedes son como ellos. Yo no soy.

PERICHONA: Terésfora... (*extiende su mano. Terésfora se asusta y se va para atrás. Pausa*) Dame ese rebenque. (*Se lo quita de la mano. Da media vuelta, se calza el sombrero y se va*).

Escena VI

Luján, al aire libre.

Beresford custodiado por guardias. Llega la Perichona vestida de gaucho.

Se miran un instante. Los guardias, sorprendidos, no atinan a detenerla.

BERESFORD: Madame...

PERICHONA: *Monsieur*.

BERESFORD: Estoy... maravillado.

PERICHONA: Gracias, *monsieur*, pero usted me engaña: no luzco mis mejores galas.

- BERESFORD:** Su nobleza eleva cualquier atuendo, madame. Sabrá disculparme por no recibirla como se merece, pero este poblado no me guarda simpatía...
- PERICHONA:** Oh, no lo tratan mal los criollos, *monsieur*; y esto no parece un calabozo, con todo el horizonte por paredes.
- BERESFORD:** Un horizonte milagroso, madame. La vi llegar de lejos, ¿pero cómo imaginar...?
- PERICHONA:** Bueno. (*paseándose un poco, alejándose de los guardias*) Sólo he pasado a ver cómo lo tratan. Pero estos meses de prisión no le han hecho mella...
- BERESFORD:** (*la sigue*) Este verano tórrido es demasiado para cualquiera; caminemos a la sombra... (*ya a cierta distancia*) Madame, usted se pone en peligro.
- PERICHONA:** (*se detiene*) Debe fugarse. Una flota británica completa se acerca a Montevideo. Debe reunirse con ellos... (*Los guardias se les acercan*) *Vous devez fuir, mon cher commandat. Le plan est réglé.*

Los guardias llegan; la Perichona pega su cuerpo al inglés y lo besa en la mejilla.

Los guardias se detienen, incómodos.

Beresford la toma de la mano y la guía gentilmente hasta la puerta de su celda. Con un gesto detiene el movimiento de los guardias. Entran.

Escena VII

Buenos Aires.

Un edecán lee un bando.

EDECÁN: Don Santiago de Liniers y Bremond, Comandante General de Armas de Buenos Aires, en vista de la amenaza de las tropas británicas en el Río de la Plata, anuncia:

“Convocamos a todos los vecinos de esta ciudad que sean buenos vasallos del Rey Carlos Cuarto para que, a la señal de tres tiros de fusil en cada barrio, se dirijan al Retiro, a reunirse en la Artillería, y esperamos de esta leal ciudad, a menos de diez meses de haber derrotado la invasión, la completa asistencia de todos con las armas que tuvieran, pues de lo contrario no tardaremos en ser ingleses”.

Escena VIII

Luján. Celda.

Beresford y la Perichona, envuelta en la casaca del inglés.

BERESFORD: No quedamos muchos. El teniente Pack y yo, y algún otro oficial. Casi novecientos de los nuestros fueron llevados a las provincias. San Juan, Mendoza... no recuerdo los nombres.

PERICHONA: Precisamente, querido William, quedas *tú* aquí. Y no puedo evitarlo: tengo debilidad por tu persona.

BERESFORD: *(la abraza)* Entonces querrás retenerme...

PERICHONA: ¡No me tientes! *(lo besa)* Te ayudaré a partir. Tus compatriotas están otra vez en el Plata, a punto de ocupar Montevideo. Han traído un verdadero ejército esta vez...

BERESFORD: ¡Gracias por tu consideración hacia el mío!

PERICHONA: William, *cheri*, 12.000 hombres es diez veces más de lo que tú tenías.

BERESFORD: ¡Doce mil! Veo que el oro del Narcissus tentó a su Majestad Británica. Aunque esta vez dudo que lo logren...

PERICHONA: ¿Tomar Buenos Aires?

BERESFORD: Embarcar caudales hacia Inglaterra.

PERICHONA: *(ríe)* Oh, mi comandante victorioso...

BERESFORD: *(orgulloso)* Victoria secreta, al servicio de la Corona. No obtendré honores por eso.

PERICHONA: Ni podrás pedirlos quedándote, ganen o pierdan. Escúchame. Te ayudaré a salir de Luján con un salvoconducto. Un tal Rodríguez Peña vendrá con un pasaporte oficial y te embarcarán a Montevideo: tu partida es decisión de Liniers.

BERESFORD: *(se separa de ella)* ¿Liniers te ha enviado?

PERICHONA: No, cariño. Santiago, no sé por qué, ha jurado perdonarte la vida. Pero si sólo sospechara que soy yo su instrumento secreto, te mataría.

BERESFORD: *(se le abalanza)* Oh, déjame disfrutar de mi último deseo...

PERICHONA: *(lo detiene)* Espera. Me gustas, *cheri*, y lamentaré perderte. Pero esto es serio. Vine para tenerte, pero también para asegurarme de que no regreses.

BERESFORD: ¿Qué dices?

PERICHONA: Pronto Liniers sabrá que he venido, y tendrá un motivo personal... *(Beresford la mira estupefacto)* Entiendo esta tierra mucho más que tú, William. Vuelve a Inglaterra. No quiero que te encuentren degollado, flotando en la Ensenada...

BERESFORD: ¿Qué sabes de esas cosas?

PERICHONA: No tienes nada más que ganar aquí.

BERESFORD: No hablo de eso. La noche que desembarcamos en Buenos Aires, un cadáver en el río chocó mi nave. Lo subimos...

PERICHONA: Era un colono inglés; un tal John Ward, dependiente en una tienda. Lo apuñaló mi dulce Santiago... Suele ser así de bruto cuando quiere demostrar valor.

BERESFORD: *(perplejo)* ¿Qué le pasa a esta gente? ¿Arrojan cadáveres al río para...?

PERICHONA: *(Pausa)* Vuelve a Inglaterra, querido. Hazlo por mí, que debo quedarme.

Se acerca, lo abraza y lo besa.

Escena IX

Buenos Aires. Calle nocturna.

Soldados disparan salvas.

SOLDADOS: *(salva)* ¡Los ingleses han zarpado de Montevideo! *(salva)* ¡Vecinos, al Retiro! *(salva)* Llevad las armas a la Artillería.

A una orden, se retiran corriendo. Se oyen disparos lejanos y ecos de la convocatoria.

Escena X

Casa del Búbo. Afuera se oyen las salvas.

El Búbo, con una peluca blanca, inmóvil como una estatua.

Moreno lo observa largo tiempo. De pronto baja su copa, golpeando la mesa.

MORENO: ¡Ya basta! ¡Quítate esa peluca idiota, recoge tu fusil y vámonos!

BÚHO: No hasta que den las doce. Y deja en paz mi brandy.

Moreno se harta. Va hacia él y le quita la peluca. La pisotea.

Luego se empina la botella de brandy a fondo.

MORENO: ¿Ahora qué?

El Búho baja su mirada hasta la peluca, que relumbra. Moreno la va patear de nuevo, pero el Búho lo detiene.

BÚHO: ¡Alto! No te muevas, Mariano. ¡Lo veo otra vez, veo el futuro!

MORENO: ¿Qué futuro?

BÚHO: El tuyo. Dejarás de ser abogado. El viejo Álzaga te echará a patadas por redactar mal sus documentos. Te casarás con una mujer sin apellido. Pero detente... Tu nombre será célebre, matarás a un amigo, y un falso aliado te enterrará en el mar.

Silencio obnubilado de ambos. De pronto, Moreno estalla en carcajadas.

El Búho distiende y normaliza su postura.

BÚHO: *(tristemente)* Lo vi, Mariano, pero no me creerás. En la peluca del Virrey veo el futuro, noche tras noche.

MORENO: Ya cállate. Eras un filósofo y ahora eres un idiota.

BÚHO: No dejes de pensar en Sobremonte.

MORENO: ¡Basta de Sobremontes y estupideces, por Dios, Xavier! Enlistemos nuestras armas y vayamos a beber al bajo, que allí están las noticias de Montevideo.

BÚHO: No necesito noticias. Mi profeta ha hablado, ¿no es genial? ¿No es genial la actitud de mi profeta? Ese hombre me ha mostrado el futuro.

MORENO: *(se pone serio)* Ven aquí, ven aquí. *(sienta al Búho)* ¿Quieres que te golpee, verdad? ¿Quieres una buena tunda, no es cierto? Sí, eso es lo que quieres.

BÚHO: No, no. Quiero hacerte un anuncio. Pero no sé cómo hacerlo. Dame mi peluca.

MORENO: ¿Quieres tu peluca? Toma tu peluca. *(se la estampa en la cabeza)*

BÚHO: Gracias, Mariano. Lo que quiero decirte es que no enlistaré mis armas y no combatiré de nuevo.

MORENO: Oh, bien; estúpido, infeliz, ceremonioso, loco y pesimista. Ahora te has acobardado. De acuerdo. No lo hagas. Ya está arreglado; vámonos de aquí.

BÚHO: No me entiendes.

MORENO: Sí. Son 12.000 ingleses. Muchos. Y tenemos regimientos criollos preparados. También son muchos. Y el pueblo está con Liniers. Son demasiados. Y ya nadie necesita un Búho rodeado de putas y negros. Fin de la historia. Vámonos.

BÚHO: Lo hago porque el Virrey me lo ha enseñado.

MORENO: Y bien; te lo ganaste.

Lo pone de pie, le quita la peluca y se la encaja en la boca.

Le pega un golpe limpio en el vientre. El Búho se dobla y escupe la peluca.

Moreno la toma y le pega con ella en la cabeza. La suelta y lo deja.

MORENO: Lo siento, Xavier. Te lo buscaste. Tú por mí y yo por ti, como en los viejos tiempos.

BÚHO: *(Se incorpora, recuperando el aliento)* Sobremonte ha huido porque ya lo sabe, porque ya ha percibido que la dominación de España se termina.

MORENO: Ahora hablas en serio, ¿lo ves? Te sentó bien golpe.

BÚHO: No son tus golpes, Mariano. Son los hilos de esta historia. Los que lo hacen salir a ese culón de esta cueva del Plata con el hilo de Ariadna atado el culo.

MORENO: ¡No hables más de él! ¿Quieres seguir? No me importa en qué anda ese cobarde. Me importa en qué andaremos nosotros, con España o sin España. Ya lo sabes. Si España no está aquí, que se corten los hilos. Me tiene sin cuidado. Nos guiaremos por nuestra cuenta mientras los ingleses se queden fuera de este puerto. Ellos en el mar, nosotros aquí ...

BÚHO: En el mar los piratas, en el puerto los mercaderes, en la aduana los impuestos, en el camino las mulas, en...

MORENO: No quiero hablar más de política con un idiota.

BÚHO: No es política; es naturaleza, es ciencia, es filosofía. Y no es idiotez, es profecía. Es un Virrey huyendo de nosotros y robándonos lo último que puede.

MORENO: *(lo toma furioso de la chaqueta)* ¡Basta de hablar de él! ¡Basta, basta! *(lo sienta bruscamente)*

BÚHO: Es la hora de los bárbaros. Hasta tú los usarás en tu provecho, si no te contaminas de ellos.

MORENO: *(conteniéndose)* ¡No delires más! ¡Me sacas de quicio!

BÚHO: ¿Y qué me dices a mí? Sácate de quicio de una vez, a ver qué sucede. ¡Si para ti también es una comedia! Toma mi peluca y pónsela a Liniers, pónsela a Álzaga...

MORENO: *(furioso, toma la peluca y la apoya en la mesa, frente al Búho)* ¿Estás loco? ¿Qué hablas de pelucas? ¿Hubo una revolución en Francia y tú quieres pelucas? España no resiste el predominio de su vecino, ¿y tú quieres pelucas? Los ingleses dominan los mares, pero nosotros tenemos el puerto. Métete la peluca en el trasero, y arreglemos los asuntos a nuestro modo.

BÚHO: Ponte la peluca tú, Mariano, si los nobles se resignan a aceptar a un plebeyo... *(Moreno le cruza la cara con un revés de mano y peluca. Pausa)* ¿Aceptas?

MORENO: Basta.

BÚHO: ¿Quieres que te reciban en un salón?

MORENO: Basta

BÚHO: ¿Quieres ser un ciudadano de levita?

MORENO: *(pierde el control, lo agarra del pelo y le sostiene la cabeza contra la mesa)*

Quiero librarme de ti, ¿entiendes?

BÚHO: ¿Quieres allanarle el camino a los nuevos señores?

MORENO: *(lo aprieta más)* Cállate.

BÚHO: ¿Quieres ser el secretario de un pequeño gobierno?

MORENO: ¿Quieres que te mate? ¿Quieres callarte?

BÚHO: Traduces idioteces francesas para que te acepten en...

MORENO: Para que me acepten un coño. *(le golpea la cabeza contra la mesa)* Me hartaste. Eres un imbécil. ¿Estabas seguro en tu escondite y se jodió todo? ¿De pronto sucede algo que te sacude demasiado? ¿De pronto las cosas están en nuestras manos y no tienes ya de qué quejarte? Me voy. No aparezcas a la luz del sol si llegamos a vencer. El nuevo sol te prenderá fuego y me importará una mierda.

BÚHO: *(tendido sobre la mesa)* El fuego es para ti, y no lo sabes. Elige bien tus blancos, que pronto cambiarán. Terminarás matando a los que hoy defiendes.

MORENO: Muérete, imbécil *(se retira)*.

BÚHO: *(gritando y riendo)* Lo vi en mi peluca. ¡Matarás a un amigo! ¡Matarás a un amigo, y un falso aliado te enterrará en el mar!

Escena XI

Camarote de nave inglesa.

Huidobro prisionero, custodiado por dos guardias a sus espaldas.

HUIDOBRO: Montevideo ha caído. Sobremonte huyó de nuevo y ahora, desde su refugio, destacará nuestra valentía en su informe al Rey. Porque fuimos valientes. Ochenta botes británicos pisaron tierra en el Buceo y los enfrentamos, mientras el cobarde se mantenía a distancia con su guardia intacta. Pero yo estuve al frente y vi llegar a Whitelocke en persona. No me hizo infeliz; Whitelocke estaba harto. Lo advertí en su rostro. No había previsto dieciocho días de resistencia. La poderosa Albión debía tomar de un zarpazo ese nido de ratas antes de saltar al otro, a Buenos Aires. Pero tuvo que esperar. Y fue tiempo suficiente para poner al Virrey a salvo.

Combatí y fui un imbécil. Debería haberme negado. Lo hubiesen apresado a él en mi lugar. Este era *su* lugar. Pero no pude, y mi suerte se anudó a la del malparido, ¡yo que me

burlaba! Ahora, el Gobernador Ruiz de Huidobro es el prisionero, el embarcado a Londres como prenda de negociación. ¿Cuál es entonces el poder de la cobardía? ¿Es tan poderosa como la flota británica, dispersa alrededor del mundo? Sí lo es. Secreta y poderosa. Ese culón está trazando el camino secreto de las colonias, pero yo nada diré y nadie lo comprenderá hasta que sea demasiado tarde. Soy español, y hablaré mi propia lengua en Londres, y sólo hablaré delpreciado valor de nuestros pueblos.

Escena XII

Poblado de Piedras, Banda Oriental.

Sobremonte y Marín.

SOBREMONTE: El maldito lo tenía merecido. Pero le envidio el barco que lo aleja de aquí y lo lleva a Europa.

MARÍN: Consuélate, pues va a Londres y no a Cádiz, de donde quizás nosotros estemos más cerca.

SOBREMONTE: Cádiz... Ten todo dispuesto. Los ingleses no son tontos. Este es poblado roñoso y perdido, pero podrían encontrarlo. Debes llevarte contigo mis bienes y ponerlos a salvo.

MARÍN: ¿Y qué órdenes o... qué mensajes enviaremos a Montevideo?

SOBREMONTE: No estoy de ánimo para dictar oficios. Hazlo por mí. Redacta una carta secreta para el general inglés. Ya sabes en qué estilo. Pero ingéniate las para que no quepan dudas sobre la idea central.

MARÍN: ¿Y cuál sería, en estilo directo, la idea central? ¿Es la que...?

SOBREMONTE: Hala, Juan, estoy agotado. Tú sabes: Nobles británicos, etc. No me jodáis a mí. Etc. Si buscáis tesoros, están en Buenos Aires. Dadle por el culo a Liniers, aprovechad que es un francés. Idos en paz. Yo, Rafael de Sobremonte, Virrey, decido no combatir.

Escena XIII

Embarcadero secreto al norte de Buenos Aires. Noche oscura.

Beresford y la Perichona en la ribera, marineros en la barca.

BERESFORD: Te pedí que no vinieras.

- PERICHONA:** No soy yo quien corre peligro, William.
- BERESFORD:** No es eso. No quería mostrarme ante ti huyendo como un cobarde.
- PERICHONA:** ¿Cobarde? ¿Entonces no te unes a tu flota?
- BERESFORD:** No, regreso a Inglaterra. No combatiré.
- PERICHONA:** Pero no te avergüences: tú ya lo has hecho, y con sólo 1500 hombres; lo de ahora...
- BERESFORD:** No creas que ahora será fácil. No le garantizo la victoria a Whitelocke; es demasiado inteligente, demasiado político. Y un militar no debe serlo.
- PERICHONA:** ¿Crees que no cumplirá sus órdenes?
- BERESFORD:** Sí, lo hará. Ya lo hizo en Montevideo, pero ha tenido su precio. Y aquí llegará al fondo. Se enfrentará a un jefe sostenido por el pueblo. No es lo mismo que yo tuve. Y no importa que Liniers no pueda ni siquiera planear una estrategia contra Whitelocke. Whitelocke calcula siempre a futuro; y en el futuro, ¿cómo sostendrá lo que pueda ganar?
- PERICHONA:** Pero son ingleses...
- BERESFORD:** Por eso mismo. Esta política es vana; lo único que necesitamos es permanecer en el mar y liberarles sus puertos a los nativos. Ganemos o no, esta batalla será prueba de eso.
- PERICHONA:** Santiago los enfrentará.
- BERESFORD:** Y si no, lo harán los demás, en su nombre. No creo que Whitelocke quiera guardar recuerdos como los míos: aceite, cuchillos, putas combatiendo... Si se retira no habrá derrota. Toda la victoria es nuestra. La vergüenza es mía, pero la gloria oculta es británica.
- PERICHONA:** Lo sé. *(le da el pañuelo blanco)* Llévate esto como recuerdo de lo que has conquistado.

Se besan. Beresford sube a la barca.

Escena XIV

Cádiz, 1827.

Sobremonte y Cabeza de Vaca.

- CABEZA DE VACA:** Ha estado muy silencioso, Su Excelencia.
- SOBREMONTE:** No hay nada más que decir.
- CABEZA DE VACA:** No me quite sus palabras. Usted es mi maestro y yo vivo de ellas.

SOBREMONTE: Nadie vive de palabras. (*abre un pequeño monedero*) Tome. Cómase esto. (*le da una moneda de oro. Pausa. Ríe*) ¿Cree que no es comestible?

CABEZA DE VACA: Su Excelencia se burla...

SOBREMONTE: Usted nunca entiende, señor marino. Marín rescató mi oro. Se alejó de mí, pero no fue una pérdida. Me dejó, pero regresó a mí en otra forma. (*toma la moneda y la observa*) No necesité más su presencia. Se casó con mi hija y recibió su dote; un trueque. Algún día el oro se dispersará con mi herencia, pero aún conservo lo que me pertenece. Tome. (*le da la moneda*) Ahora usted también es mi heredero.

Escena XV

Posta del Durán, Banda Oriental.

Marín y Sobremonte.

MARÍN: Rafael, querido, los británicos ya no se ocupan de ti. Liniers los distrae de toda otra cuestión, y eso te incluye. Quién hubiera dicho que el francés actuaría como tu aliado...

SOBREMONTE: No quiero oír de él en este día, ni en ninguno de mis días ... (*pausa. Tembloroso*) Llegó la hora, Juan, querido Juan. Necesito aferrarme a ti justo cuando tú debes irte.

MARÍN: Rafael, mi Marqués. Sólo debes tener paciencia. Estos burócratas de la Real Audiencia van con la corriente. Ahora que responden a Liniers pueden gritarte, humillarte. Pero no pueden tocarte. Y en el fondo, tú lo sabes: ya han perdido todo aunque crean ganar algo. Ten paciencia y piensa en el oro que rescato para ti.

SOBREMONTE: Para nosotros, Juan, para nosotros.

MARÍN: Sí. Para nosotros. Debo irme ya. Antes de lo que imaginas estaremos juntos otra vez. Adiós.

Sale.

Entra una comisión de la Real Audiencia: Lucas Muñoz y Manuel Ortíz de Basualdo.

MUÑOZ: Sobremonte, qué sorpresa verlo a usted a salvo.

SOBREMONTE: “Su Excelencia, señor Virrey” es lo que corresponde.

MUÑOZ: Hay que joderse, Marqués. ¿A qué tanto saludo, si tan bien nos conocemos?

SOBREMONTTE: Por supuesto que nos conocemos, maldito irrespetuoso. Desde los tiempos en que enviabas quejas de mí a España por tus propias faltas.

MUÑOZ: Pero mire usted en qué piensa el Virrey en estos tiempos. ¿Es que el aire fresco de sus huidas no lo ha espabilado?

SOBREMONTTE: No sea insolente. Le estoy recordando el protocolo ...

MUÑOZ: ¿El señor Virrey quiere que bajemos la cabeza y levantemos el culo en su honor?

SOBREMONTTE: Recibir vuestros respetos es mi derecho de privilegio...

MUÑOZ: ¡Ja! Vaya privilegio el rancho en el que se esconde. ¿Cómo se llama? ¿Posta del Durán? Me hubiera gustado tener el privilegio de encontrarlo a campo abierto, fugándose en calzones por toda la Banda Oriental.

SOBREMONTTE: Haré que lo encarcelen hasta que...

ORTÍZ DE BASUALDO: Ya basta de pedorro, ¡qué se ha creído! Sus idioteces no vienen al caso.

SOBREMONTTE: No toleraré más este lenguaje.

ORTÍZ DE BASUALDO: “No toleraré más” un coño. Siéntese y cálese la boca.

Sobremonte lo hace.

ORTÍZ DE BASUALDO: La Real Audiencia le comunica que queda usted suspendido como Virrey del Río de la Plata.

SOBREMONTTE: Es inaudito.

ORTÍZ DE BASUALDO: Inaudito una mierda. ¡Por supuesto que es inaudito! Usted es inaudito, Sobremonte. Y considere una cortesía que hayamos viajado hasta aquí con usted como propósito. **SOBREMONTTE:** ¡Se han vendido a Liniers! ¡Le darán mi cargo a ese francés! Ya no le basta con darse títulos de General y hacer que los milicianos nombren a sus jefes. ¡Ahora pide mi investidura!

ORTÍZ DE BASUALDO: Su investidura es lo de menos.

SOBREMONTTE: ¡No lo es, no lo es! No puedo creerlo de vosotros, ¡españoles! El Rey está perdiendo el gobierno de estas tierras, y no a manos del francesito, aunque perdure un tiempo más. ¿Es que no lo ven? ¿Qué significa que las tropas de criollos elijan jefes por su cuenta? ¿Qué significa que logren, si lo hacen, echar a los ingleses por mano propia? Mi investidura es la del Rey de España y ustedes, imbéciles, vienen hasta aquí a hacerles el favor de quitármela.

ORTÍZ DE BASUALDO: Cuando hayamos desbloqueado el Plata, la Metrópoli enviará un Virrey en regla.

SOBREMONTTE: ¿Y qué encontrará ese hidalgo en las colonias para entonces? *(Pausa)*
Gracias a Dios puede que yo ya no esté en estas tierras.

MUÑOZ: La Audiencia ha concluido. Usted no es más Virrey. Ahora deberá acompañarnos.

SOBREMONTTE: Lo han hecho. Ay de España y su Virreinato.

Ingresan guardias a apresarlo.

La Audiencia se retira y se llevan a Sobremonte.

Escena XVI

Liniers con banda roja y blanca.

LINIERS: *(saca su faca y la mira)* Yo, Santiago de Liniers y Bremond, soldado francés al servicio de su majestad de España, juré ante Dios que habría de vencer a estos ingleses. Y ahora están a punto de capitular. Yo llegué a esta tierra antes aún de que la Revolución en Francia dispersara a los de mi clase por el mundo. Ahora, hasta los nobles españoles me dan su reconocimiento. *(a su cuchillo)* A ti te guardo, hasta que la causa del Rey vuelva a estar en juego. *(lo guarda en la cintura)* Por el momento, me debo a mi investidura. No me importa cuánto tiempo sea Virrey. Lo soy por mi victoria. Y si mi gloria es breve, no será una gloria vana. No se la debo a nadie, excepto quizás a Sobremonte. Así que puede España enviar a un funcionario a reemplazarme, y luego puede caer. Puede Napoleón ocupar Europa entera. Puede Inglaterra ocupar todos los mares. Y puede terminar por caer este pueblo en manos de quien sea; hasta tanto los borren de la faz de la tierra, mi triunfo les quedará grabado en la memoria.

Se coloca una peluca blanca.

FIN DEL CUARTO ACTO

ACTO V
LA ESTATUA

Escena I

Buenos Aires. Otoño de 1807.

Casa de Convalecencia de los Bethlemitas.

Fray Nicolás y otro cura.

CURA: Ha adelgazado. No parece apreciar nuestros manjares.

FRAY NICOLÁS: Seguirá siendo el culón de siempre, aún pasen cien años. ¿Dónde está ahora?

CURA: Terminando, supongo, su caldo de patatas. Es lo único que acepta.

FRAY NICOLÁS: Llévame a verlo.

CURA: Fray Nicolás, sea piadoso con él...

FRAY NICOLÁS: Oh, ya me conoces. No le haré nada. Solo me complaceré en verle la cara antes de que nos lo quiten de encima para siempre.

CURA: ¿Lo...?

FRAY NICOLÁS: Lo enviarán a España, y malditos sean si no lo condenan a muerte.

Ingresan a un comedor vacío.

Sobremonte, patético, con su caldo.

FRAY NICOLÁS: *(se inclina)* Su Excelencia.

SOBREMONTE: *(Los ojos fijos en el plato)* Gracias, padre. Aprecio su respeto. Le permito tomar asiento.

FRAY NICOLÁS: Es un honor.

SOBREMONTE: Sé quién es usted. Sé que viene de la ciudad. Hágame el favor de darme noticias.

FRAY NICOLÁS: No es un favor, su Excelencia. Es un servicio.

SOBREMONTE: Palabras... palabras. Pero alivian un poco mi cautiverio.

FRAY NICOLÁS: No es un cautiverio, su Excelencia. Éste ha sido el mejor refugio en tiempos peligrosos.

SOBREMONTE: ¿Refugio...? *(Pincha una papa y la levanta)* Todo parece estar al revés.

FRAY NICOLÁS: No, ya no, ya no. Espero aliviarlo con mis noticias. Whitelocke se marchó. Los combates concluyeron anticipadamente y las autoridades le ofrecieron capitular. Ya se ha marchado.

SOBREMONTE: ¿Whitelocke...? *(Suelta la papa)*

FRAY NICOLÁS: El general inglés.

SOBREMONTE: El general es francés. Se llama Liniers.

FRAY NICOLÁS: No, su Excelencia: los ingleses... Los ingleses, al mando de Whitelocke, ¿recuerda? Aquellos doce mil. Se han ido.

SOBREMONTE: Entiendo. Quiere decir que Liniers continúa al mando.

FRAY NICOLÁS: Sí, por ahora sí. Pero esperamos directivas de la Metrópoli.

SOBREMONTE: *(levantándose de pronto, con una energía que no parecía tener)* Padre. *(Fray Nicolás se pone de pie)* No regrese aquí. No regrese a mi presencia, ni permita que nadie lo haga hasta tanto no lleguen esas directivas de la Metrópoli. En cuanto lleguen, vendrán a verme a éste, mi retiro, y me las comunicarán. He hablado. No se moleste en retirarse.

Da media vuelta y se retira, con una incongruente dignidad.

Escena II

Buenos Aires. Prostíbulo vacío.

El Búbo de pie, semi desnudo, con un bulto de ropa en la mano.

June, sentada a cierta distancia, en silencio.

BÚHO: Ya no me deseas.

JUNE: *(se incorpora)* Querido...

BÚHO: *(la detiene con un gesto)* Deja, no lo merezco. No combatí.

JUNE: ¡Eso qué importa!

BÚHO: Tienes razón, ni falta que ha hecho.

JUNE: Liniers contaba con...

BÚHO: ¡Liniers preparó una estrategia estúpida, una estrategia de derrota! Pero a Whitelocke no le importó. *(sonríe, solemne)* Vino, vio y se rindió.

JUNE: Hubo combates...

BÚHO: Ah, sí. Justificaron la capitulación. Pero ya ves *(se muestra)*: la hora de la gloria ha pasado. Ahora todos esperan a un virrey español que porta con más derecho que Liniers

la investidura, pero que tampoco sabe nada, y también deberá vérselas con los locales. ¿Qué puede importarme a mí?

JUNE: Está bien. Vístete y vete, si sólo has venido a quejarte. Espero clientes.

BÚHO: Oh, sí. Disculpa. *(desenrolla la ropa)* Mira, he sido fiel a la tradición: no combatí, pero me robé un capote inglés. *(ríe y se lo pone)*

JUNE: ¿Y qué pretendes con eso?

BÚHO: Apláudeme, June.

JUNE: *(tristemente)* Mi amor...

BÚHO: Apláudeme. *(June lo hace, con lágrimas; el Búho saluda)* He robado. Y mi virrey destituido ya no quiere hablar con nadie; ¡ni siquiera conmigo! *(Pausa)* Yo tampoco hablaré más, June, hasta que todo termine.

JUNE: Quédate.

BÚHO: Adiós.

Se abrocha el capote y sale.

June queda inmóvil. Suena una campanilla. Se acomoda la bata, el pelo, y sale.

Escena III

Puerto de Montevideo, muelle. Diciembre de 1809.

Sobremonte, dignísimo, rodeado de guardias, frente al capitán del barco.

OFICIAL DE LA GUARDIA: *(saluda)* Capitán. El Virrey Baltasar Hidalgo de Cisneros ordena el traslado a Cádiz, en calidad de prisionero, de Rafael de Sobremonte aquí presente...

CAPITÁN: *(escupe al suelo)* Ya, ya, soldado. Sin tanta alharaca. *(se acerca a centímetros de la cara de Sobremonte)* Sobremonte, ¿eh? Oímos de usted. ¿Cansado de Montevideo?

SOBREMONTE: Al menos no parto desde Buenos Aires, señor.

CAPITÁN: “Señor”, ¿eh? *(Pausa)* Bien, bien. *(se separa)*

SOBREMONTE: *(solemne, a la guardia)* Señores, gracias por su compañía. No he renegado de ella en los dos últimos años; pero ahora debo despedirme: España me devolverá el honor que me han quitado.

Sube al barco, los guardias lo siguen de prisa.

CAPITÁN: *(estalla en una carcajada)* ¡Me gusta este tío! *(detiene a los guardias)* ¿Y adónde vais vosotros, chavales? ¡Dejadlo en paz! ¿Sabe jugar naipes, Sobremonte?

Escena IV

Sobremonte en la cubierta.

SOBREMONTTE: El mar, por fin el mar. El mar azul y no una mugre de río que pretende no ser río. Nadie quiere ser lo que es sobre sus costas. Estoy feliz. *(Canturrea una canción gitana)*

Y esta noche mando yo

Mañana mande quienquiera

Y esta noche vi a poné

por las esquinas banderas

Banderas. Festines, banquetes. Ahora estos bufones se toman las cosas en serio. No recuerdan que mandar es estar por encima ellas, gobernar organizando banquetes. La quintaesencia del poder. Un teatro festivo, una comedia. Nunca un Rey, nunca un Virrey se retiraría de ese escenario de algodones. Bajo el escenario, la realidad amenaza con fusiles, pero siempre lo hizo y luego se olvida. *Esta noche mando yo / Mañana mande quienquiera.*

¿Quieren resquebrajar el principio rector del mando, la ilusión de eternidad? ¡Qué asunto más serio! ¡Qué nativos ilustrados! Pronto querrán ser gobernados por hombres comunes, pero no lo serán. *(ríe)* En su sangre está mi herencia. El amor del oro, la vanidad. Oh, sí, me olvidarán, por supuesto. Y no sabrán de dónde diablos les llega esa nostalgia. La nostalgia, frívola como un banquete; la sed de fiesta sobre el escenario del poder, montado por encima de la mierda. *Esta noche mando yo / Mañana mande quienquiera.*

Por encima de la mierda. *(ríe a carcajadas)* ¡Adiós, Buenos Aires! ¡Mañana mande quienquiera; y mañana montad banquetes, por encima de la mierda!

Escena V

Buenos Aires, prostíbulo.

June distraída, ausente. Entra Moreno.

MORENO: June, ¿has visto al Búho?

JUNE: ¿A quién?

MORENO: Al Búho. Xavier Martínez, tú sabes.

JUNE: Martínez, el Búho... No, no sé. Pero hace mucho que no vienes por acá, ¿ya no nos necesitas?

MORENO: June, perdona. Le he perdido el rastro al Búho hace tiempo y...

JUNE: Qué serio te has vuelto, Mariano. ¿Todos se han vuelto así?

MORENO: June, no quiero ofenderte. Quizás él te haya contado, hace tiempo... nuestra disputa. Pero últimamente pienso en él, y quería saber...

JUNE: No sé de qué me hablas, Mariano. Pero todo es así. Ustedes se están volviendo incomprensibles.

MORENO: Te hablo del Búho. Hace tiempo nos distanciamos y... parece mentira, pero no puedo hallarlo.

JUNE: ¿El Búho...? ¿Un viejo cliente, tal vez? No vengas con tonterías y dime que me necesitas a mí. ¿Es eso? ¿En memoria de otros tiempos?

MORENO: June, quiero verlo. (*pausa*) Está bien, por los viejos tiempos. Dime si tal vez se retiró a las provincias, o quizá cruzó a la Banda Oriental...

JUNE: Si no me necesitas a mí, busca por allí adentro. No sé qué te ocurre. ¿Ya no soy lo que era?

MORENO: ¿Qué hay allí adentro?

JUNE: Jovencitas nuevas. Regalos viejos. Les hemos cedido esas habitaciones. A mí no me interesan los recuerdos.

Moreno sale de prisa.

Escena VI

Búho, a solas, con vestuario incongruente.

BÚHO: Llegó la hora. Sobremonte se ha ido, finalmente, y ya comienzan todos a olvidarlo. Y aquí me quedo yo. Pero no hará falta que me olviden porque jamás me han recordado. Yo, Xavier Martínez Castellanos, me dispongo a concluir de una vez con mi existencia secreta. Preparé mis trajes de gala para la ocasión (*los luce*): florete roto, capote inglés, peluca blanca. Pero algo echo de menos; no lo he podido hallar. Me falta ese detalle que me hacía trágico. Así que mi muerte es patética. (*se mira al espejo*) Soy un espejo

deforme de aquel otro, petimetre ansioso de honores, bufón moldeado para gobernar nuestros actos por la eternidad. ¿Acaso merecimos otra cosa?

Oh, sí, una vez. Una vez rocé la gloria. Me calé el yelmo del Quijote y vencí a diez mil demonios. Ese yelmo echo de menos. ¿Dónde...? (*busca; luego se detiene*) Ah. Fatalidad. He cagado en él y lo he arrojado por ahí. Pero qué día aquel día. Con la puta June y un ejército de dementes. Se han perdido. No, no. No se han perdido. Me olvido de todo. Los criollitos que había entre ellos quieren ser recordados. Tan serios ahora, tan ilustrados. Ya están fundiendo el bronce para sus estatuas. (*Pausa*)

En fin. Podéis iros todos al diablo, hideputas. Tendréis lo que merecéis; he dicho.

(*arroja el florete*)

Hala y hasta nunca más ver.

Escena VII

Buenos Aires. Pequeño embarcadero en el río.

Moreno vestido de negro, sombrero en la mano y una flor; cabeza gacha.

MORENO: Al fin te hallé, viejo amigo. Encontré en los arcones del burdel tus viejas cartas, y algunas nuevas. Siempre tan aguda tu filosofía. Me hará falta. Encontré tu nota suicida; brillante. Pero qué buena pasada me jugaste con tu cuerpo. Siempre fuiste un comediante genial... ¡ese disfraz! ¿Sabes? Terminé mi traducción de los franceses. Tuve que quitarle algunos errores a Russeau, lo de costumbre: es muy docto, pero delira en materia religiosa. De todos modos aquí mi traducción se está haciendo célebre. Me honra. Nada personal; el viejo tema envuelto en ideas nuevas. Joder, deberías saberlo. Te busqué para decírtelo. Este asunto del comercio... Cisneros no nos está dando problemas. Esperamos sostenerlo el tiempo que haga falta. Igual, Álzaga y los Patricios lo mantienen a raya, y tarde o temprano deberá acceder a cierta autonomía, una tradición tan española, por lo demás. Sí, por lo demás... España está tan ajetreada con sus vecinos franceses que hasta creo que soy feliz. Y por fin me he comprado mi levita, así que pronto me recibirán en los salones. Una pequeña revolución, ¿no te parece? Ventilar alguna idea feroz en las tertulias y esperar a ver qué pasa. Me gustaría que estuvieras conmigo. Pero allá tú, y tus decisiones. Me pediste en tu nota que arrojara tu cuerpo a las aguas. Así lo hice, viejo amigo. Las aguas del Plata, si no te molesta. Yo creo que fue lo mejor. Aunque no quiera parecerlo, es un río y sus aguas fluyen, no se detienen. Me dio escalofríos: sentí que te arrojaba a la Historia, pero que te perdías en ella. Para siempre. Sí, me pediste borrarte de la memoria. No quiero hacerlo. Pensé un epitafio

para ti. Traducir obras maestras me ha contagiado la vena poética. ¿Qué te parece esta frase, querido Búho? “Se necesitó tanta agua para apagar tanto fuego”. No te la envidio. Dijiste que me enterrarían en el mar, pero yo voy a yacer en esta tierra. Adiós.

Arroja la flor a las aguas.

Escena VIII

Cádiz, 1813.

Sobremonte de pie, con todas sus galas.

Se oye una voz.

VOZ: Por lo tanto, este tribunal de Cádiz absuelve de todo cargo a Don Rafael de Sobre Monte, Nuñez, Castillo, Angullo, Bullón, Ramírez de Orellana, Marqués de Sobre Monte, tras la lectura de los testimonios llegados desde el Plata en estos cuatro años, considerando todas las supuestas pruebas desfavorables durante las invasiones británicas sin mérito, puesto que sólo se tratan de voces malévolas esparcidas entre tropas insurrectas cuya rebelión es combatida en las colonias. En tanto, diecinueve testigos presenciales han prestado declaración favorable, no sólo en cuanto a nuestro buen Marqués sino también a la causa del Rey en tiempos de insurrección a la Corona, que prontamente hemos de restaurar.

Esta Regencia determina, pues, el abono al Marqués de todos los sueldos devengados durante la suspensión de su cargo, y se dispone su inmediato ascenso a Mariscal de Campo y a Ministro del Consejo de Indias, restituyéndosele en retroactivo sus cargos suspendidos de Brigadier de Infantería de los Reales Ejércitos, con todos los honores de Ex Virrey Gobernador y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata y sus Dependientes, Subinspector General Retirado de las Tropas, Presidente de la Real Audiencia de Buenos Aires hasta el momento en que embarcó hacia la Metrópoli, Subdelegado de Real Hacienda, Rentas de Tabaco y Naipes, del Ramo de Azogues y Minas y Real Renta de Correos durante todo el tiempo en que residió en nuestro Virreinato.

Sobremonte saluda.

Escena IX

Cádiz, 1827.

Sobremonte viejo en la cama, en un cuarto adornado por su cofre de caudales.

Teresa, su segunda esposa, lo atiende.

TERESA: ¿Está usted cómodo, Marqués?

SOBREMONTTE: Deslice el almohadón bajo mi espalda, querida Teresa.

TERESA: ¿Quiere usted más agua, o tal vez su medicina? Se la traigo, pero no duerma ya. Levántese; hay sol en Cádiz.

SOBREMONTTE: No, no quiero dormir ni despertar, Teresa. Y no quiero medicinas. Quiero... Oh, ha sido tan claro en sueños... Quiero escribir, Teresa. Tráigame los tinteros y las plumas.

TERESA: No, Marqués, esposo mío. Recuerde que usted no debe...

SOBREMONTTE: ¡No me diga que recuerde, porque eso es lo que hago!

TERESA: Tranquilícese, mi buen...

SOBREMONTTE: ¡Apresúrese! Salí hacia Córdoba el 27 de junio, traiga mis plumas. El 30 ya estaba en la Cañada... (*intenta incorporarse*) Llegué a Córdoba el 11, no, el 12. Iré a buscarlas yo mismo. El 30 de julio...

TERESA: (*lo detiene y lo recuesta suavemente*) Por favor, Rafael, ya basta de fechas; deje de hablar de esos lugares. Siempre quiere usted escribir lo mismo, ¿qué le dijo el médico? (*Pausa. Sobremonte se tranquiliza*) Así es mejor, ¿lo ve? Sólo recuerde que el tiempo ha pasado. Años, *años* hace ya que usted dejó las Indias. Quédese con su memoria aquí en España.

SOBREMONTTE: Pero mi memoria es clara, mujer. Recuerdo el 2 de agosto...

TERESA: ¡El 2 de agosto nada...! (*Pausa*) Disculpe, soy yo la que no entiende. Pero olvidémoslo ahora, ¿sí? Levántese, que es de mañana y hay sol; salgamos a caminar, vamos, incorpórese.

SOBREMONTTE: Quiero que me escuche usted, mi dulce Juana.

TERESA: Teresa, querido. Juana fue su primera esposa y murió hace años. ¡Mi nombre es Teresa!

SOBREMONTTE: (*arrebatao*) ¡Y qué me importa a mí su nombre! Me importa un coño su nombre; el que importa es el mío. ¿Sabe usted que soy Marqués? ¿Sabe que he sido absuelto y ascendido dos veces, y que eso está muy bien y que es justicia?

TERESA: ¡Lo sé, lo sé, lo sé! ¿Qué más quiere que yo haga? ¡Yo no estuve allí!